

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN VIII

FRANCISCO VILLAESPESA

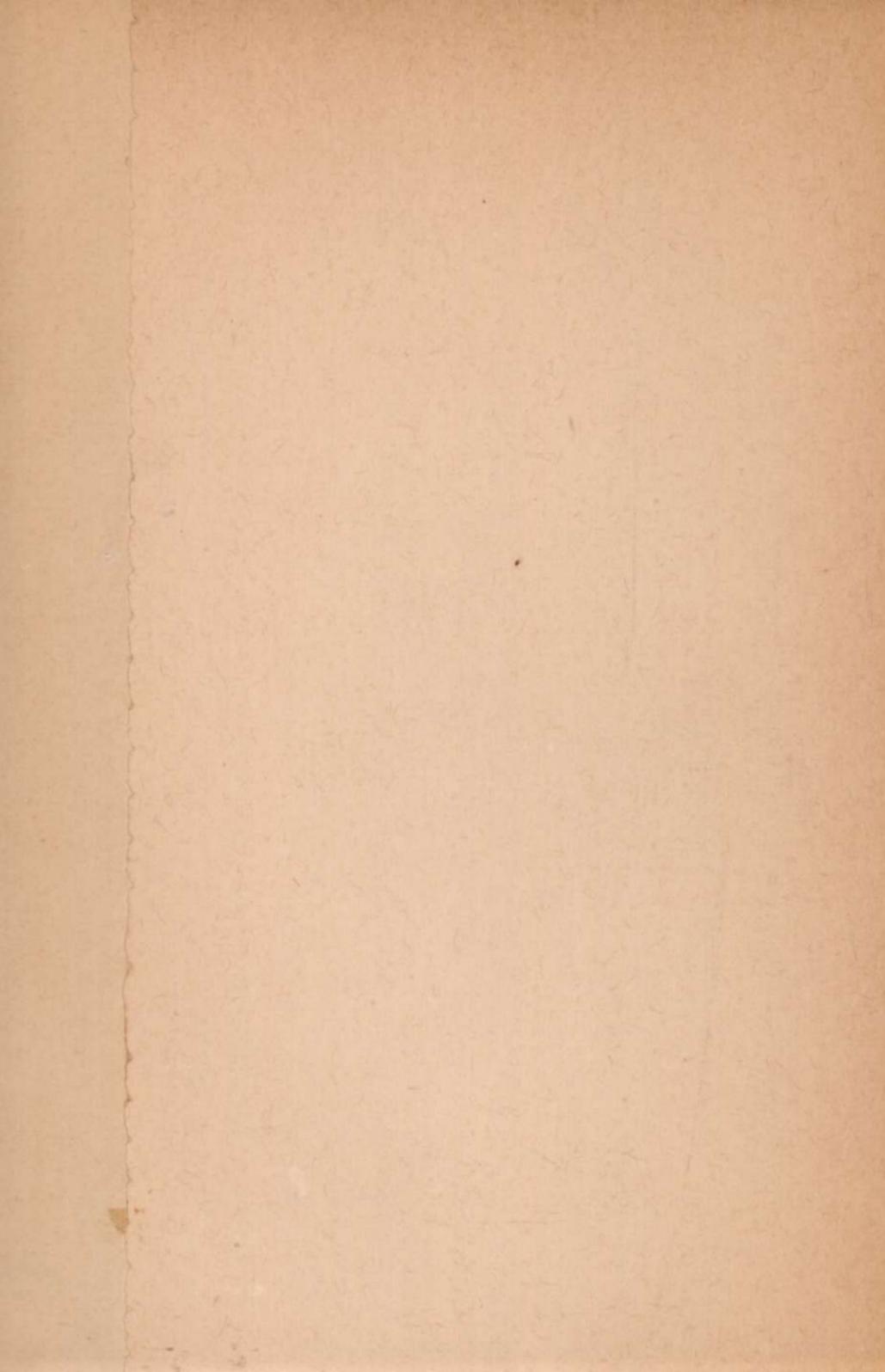
EL MILAGRO
DE LAS ROSAS

RESURRECCIÓN

AMIGAS VIEJAS



"EDITORIAL MUNDO LATINO,,
MADRID



OCTAVO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

1
P
118

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

RESURRECCIÓN

AMIGAS VIEJAS

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
- II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
- III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
- IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSO DIAS.
- V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
- VI.—LAS JOYAS DE MARGARITA: BREVIARIO DE AMOR.—LA TELA DE PENÉLOPE.—EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA.
- VII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDENALES.
- VIII.—EL MILAGRO DE LAS ROSAS.—RESURRECCIÓN. AMIGAS VIEJAS.

1902

R. 66.637



OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN VIII

FRANCISCO VILLAESPESA

EL MILAGRO
DE LAS ROSAS

(NOVELA GRIEGA)

RESURRECCIÓN

AMIGAS VIEJAS



"EDITORIAL MUNDO LATINO"
MADRID

ES PROPIEDAD

Tip. y Encuad. de J. Yagiles.-Plaza Conde Barajas, 8 y Nuncio, 8.

DEDICATORIA

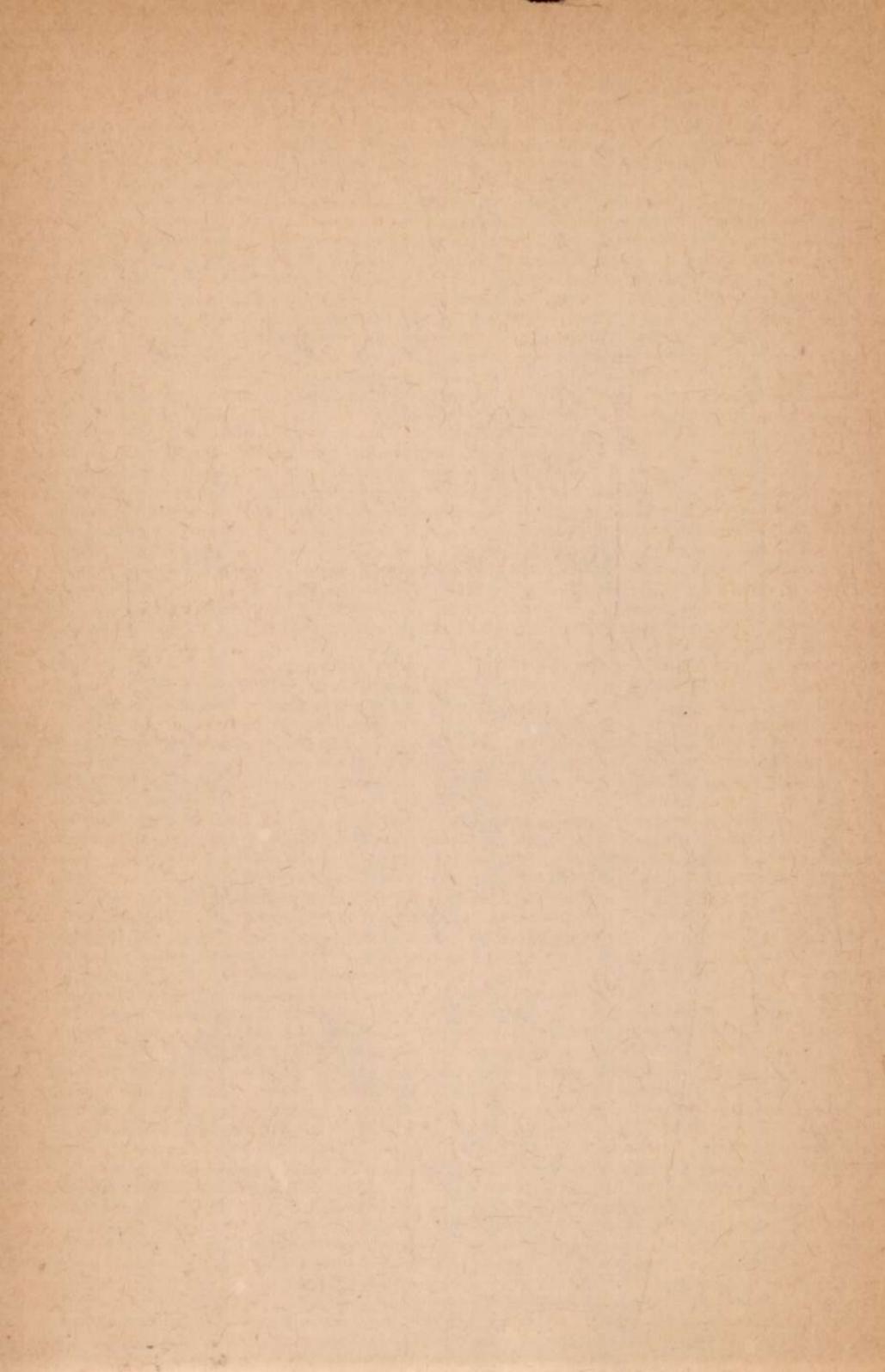
AL EXCMO. SEÑOR

D. GABRIEL MAURA

HOMENAJE DE ADMIRACIÓN Y DE RESPETO

EL AUTOR.

EL MILAGRO DE LAS ROSAS



La cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos pobladas de estatuas.

La frescura musical del agua, al salpicar el mármol de las fuentes albeantes entre el verdor metálico de los jardines, mitigaba la caligie estival.

Dyonisios, de pie sobre el carro de húmedo cedro de Ida, fustigaba los corceles. Relinchando sacudían las largas crines blancas, y atronaban el suelo con el rítmico y sordo martilleo de sus cascos teñidos de púrpura. Bajó las herraduras de plata, saltaban rotos los guijarros, y el vaho cálido que exhalaban sus narices dilatadas, voraces sorbedoras de aire, flotaba entre los ramajes y se perdía humeando en el esmalte azul del cielo.

Eran cuatro caballos tyrios, acostumbrados a

las aclamaciones triunfales en el estado de Olimpia, armónicamente estatuarios, dignos de ser unidos por el cincel de Milón al carro de Helios sobre los frisos dóricos del Templo de Delfos.

En los bordes del camino, bajo los plátanos, los niños suspendían sus juegos, e inmóviles, con el disco aún en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas de oro, hasta que desaparecía, a lo lejos, entre nubes de polvo.

Dyonisios no precisaba de aquella celeridad. Pero su alma, ávida gustadora de la embriaguez del vértigo, amaba los vuelos desmesurados de la Quimera y las locas fugas de las carreras frenéticas.

Los corceles se detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, junto al Templo de Afrodita.

Varios esclavos agrupados en torno de una pequeña estatua de la diosa, en cuyo plinto se deshojaban coronas de ciclamos y violetas, se acercaron a la cuadriga.

Dyonisios descendió ágilmente, y mientras un lindo efebo le recomponía los pliegues del manto, dijo a Dioscoro, su liberto:

—¿Y Lais?

—Está cumpliendo sus votos. Ella misma con-

dujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias. Una pareja de esta primavera, que yo sorprendí, al claror del alba, entre los adelfos del Iliso. Las aves, ateridas de frío, temblaban entre mis manos, y Lais, sacudiendo de su plumaje las últimas gotas de la noche, las metió bajo la túnica, calentándolas entre los senos.

Se acercaron al Templo, reverberante de sol, en la deslumbradora blancura de los mármoles gloriosos. Sus líneas, supremamente armónicas, se recortaban rígidas sobre un triunfo de azul.

Grupos de legionarios romanos, sentados en las gradas, apuraban, a grandes tragos, anchas cráteras de vino mezclado con miel.

Bajo los pórticos, núbiles flautistas, ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosidad. Sobre la clara gasa de los mantos y entre las largas cabelleras ondulantes, azuleaban, con reflejos marinos de turquesa, pequeños ramos de jacintos. La pierna derecha, surgiendo desnuda entre la abertura de la túnica, marcaba el ritmo musical, golpeando levemente con el extremo de las sandalias bermejas el marmóreo mosaico del pavimento.

Mercaderes de frutas y amuletos ensordecían el

aire con sus pregones insinuantes y agudos, alargados en una canturía monótona.

A veces, se abrían paso entre la multitud cuadrillas de esclavos encorvados por el peso de lo carga. Los torsos desnudos sangraban al sol, baja el látigo de los custodios.

Una cortesana, tan gruesa que al andar tenía que apoyarse en los hombros de dos siervos etíopes, verdaderos héroes de basalto, tambaleándose bajo su enorme tiara oriental constelada de gemas, se aproximó a Dyonisios y quiso retenerle por el manto.

Dyonisios la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda, que mil veces pidió a los dioses su exterminio.

Pero los dioses habían huído de Grecia. En sus altares se alzaba, ahora, un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones.

Unos pastores hallaron la siringa de Pan, rota y olvidada a orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste que huyeron aterrorizados,

y, abandonando el rebaño que sesteaba a la sombra de un bosque de encinas, regresaron a la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo a caer exánimes al pie de la estatua de Zeus, en la cella del Partenón.

—¡Los dioses se van!—gritaban los filósofos refugiados en las bibliotecas de Alejandría, bajo la influencia monoteísta de las cosmogonías orientales.

—¡Los dioses se van!—gemían los oráculos de Cumas y de Eritrea.

—¡Los dioses se van!—repetían las Pitonisas, lívidas como agonizantes, retorciéndose en las últimas convulsiones de su locura sagrada.

—Y este mismo grito fatal y agorero, repercutía también en el corazón de la Grecia.

En todas las conciencias se había hecho la sombra, y las pupilas, roto el espejo encantado de la fe, ya no perseguían en las aguas, en los campos, en las brisas y en los cielos las huellas fugitivas de las alegres Divinidades.

Las mismas costumbres se resistían también de influencias extrañas, y hasta la Belleza había perdido sus líneas impecables, maculada entre los brazos de aquellos bárbaros de rostros feroces y

ojos de niños: ojos de claridades azules con turbios reflejos verdes, como el cristal de sus lagos y la corriente de sus ríos bajo el misterio druídico de sus bosques.

Dyonisios palidecía de ira al pensar en tales profanaciones y en la senil impotencia de su pueblo para resistirlas.

Sólo Lais sabía hacerle olvidar estas amarguras.

Recordaba la campestre poesía de su primer encuentro.

Bajo los oros flúidos de un lejano mediodía primaveral, en la calma fresca y olorosa de un recodo florido, junto a la vieja fuente que brotaba a la sombra de los altos laureles, sus ojos, fatigados de tanta deformidad, se bañaron de belleza y de alegría en las formas armoniosas de aquel grácil cuerpo adolescente, que avanzaba majestuoso, como al son de una lira, con un ánfora de cobre a la cabeza.

Admirado de los clásicos y puros lineamientos de aquella figura, le preguntó su nombre.

La adolescente alzó los grandes ojos profundos, sus ojos en que revivía el misterio de los antiguos mitos, y le suspiró quedamente, con voz que era como el temblor musical de la brisa entre las

hojas sonoras de un cañaveral húmedo de rocío:

—Me llaman Myrta. Tengo trece años y nací en Lesbos, al pie de las rocas que recibieron las últimas lágrimas de Safo. Soy esclava de Pompilio, centurión romano.

—¿Y estás contenta?

—Como los ruisseños enjaulados. Nací griega, y amo la libertad sobre todas las cosas.

Y la rebelde energía de esta respuesta acabó de conmoverle.

Al día siguiente se la compró al centurión. Le dió libertad, y recordando el encuentro del divino Apeles con Lais la cortesana, le dió este nombre.

Aquella misma noche, ella, voluntariamente, vestida con su propia desnudez, fué a llamar a las puertas de la cámara, y con un impudor sagrado se le ofreció sobre su mismo lecho.

—Tómame... Soy tuya.

Y tendiéndole los brazos le atrajo sobre sus senos.

Y desde entonces, la belleza y el amor de Lais le hicieron olvidar las lujurias mercenarias de aquellas abigarradas cortesanas, que envueltas en sus peplos amarillos y con sus pelucas doradas, se ofrecían en la cercaña de los templos y bajo los naranjos de los muelles.

II

En un extremo de la plaza se aglomeraba atenta la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente, con voz severa.

Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajorrelieve, esculpido nítidamente en la serenidad azul, sobre el fondo verdoso de los jardines cercanos.

Los cabellos descendían, enmarañados, sobre los hombros atléticos.

Luengas barbas grisis solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario.

Sus ojos de águila relampagueaban bajo el arco de las ásperas cejas.

Vestía tosco sayal ceniciento, y al hablar, las

manos se elevaban, en un gesto de bendición, hacia el cielo.

—Ateniense—decía—vivís de supersticiones. Más en vuestro santuario, también se alza un altar con esta inscripción:

«Al Dios no conocido.»

Yo os hablo en nombre de esa Divinidad que honráis sin conocerla.

El Señor, como creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por la mano del hombre.

¿Por qué, pues, buscáis a Dios, palpando en las tinieblas, como ciegos, si en ninguna parte se halla?

Él está, sin embargo, dentro de nosotros.

En Él vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

¿Para qué esas construcciones fastuosas?

El corazón del hombre puro es el verdadero templo de Dios. Allí no necesita sacerdotes ni sangrientas víctimas.

Ofrecedle, como único sacrificio, la inmolación de las pasiones, y vuestra alma será el altar más agradable a sus ojos.

Para orar debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, y en secreto elevar el espíritu hacia el Eterno Padre.

Él está en todas partes, y desde su trono de nubes se inclinará para escucharnos, si, semejantes a los niños llenos de fé y de confianza, le decimos:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...»—

La voz del extranjero se elevaba cada vez más solemne.

Un presentimiento divino estremecía los corazones.

Las flautas enmudecieron, y hasta los legionarios dejaron de beber para oírle.

Dyonisios preguntó a Dioscoro:

—¿Quién es ese hombre?

—Un judío llamado Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, y discípulo de un profeta de Galilea a quien Tiberio mandó crucificar.

Ha causado el asombro del Areópago.

Dyonisios, el filósofo, vencido por él en pública contienda, es hoy uno de sus más fervorosos secuaces. La bella Dámaris abandonó por él su vida licenciosa. Repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad a los esclavos, y vestida de pieles se retiró a los montes a hacer penitencia.

Cuentan de él maravillosos prodigios.

Las puertas de las cárceles se abren por sí mismas a su paso.

En Filipos, con una sola palabra lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitónico que le poseía. Y a Lidia, la célebre vendedora de púrpura de Tiatira, le curó una úlcera rebelde que le corroía el seno, sólo con proyectar sobre ella la sombra de sus manos.

En Listra había un pobre paralítico de ambas piernas que, sentado a la puerta de su casa, lloraba amargamente su desgracia.

Pablo pasó, acompañado de sus discípulos, y le dijo:

—¡Levántate y anda!..

El paralítico saltó, corriendo loco de felicidad, a abrazarse a sus rodillas.

Las gentes gritaron:

—¡Dioses semejantes a hombres han bajado a la tierra!

Y creyéndole el mismo Zeus, empezaron a aclamarle y reverenciarle con tal escándalo, que tuvieron que intervenir las varas de los lictores;

Todo esto cuentan de él las turbas que le siguen, gente infecta y despreciable.

«El Pretor le ha amenazado con echarle a palos»

de la ciudad si promueve algún disturbio.» Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dionisios. Se apoyó en una columna, dispuesto a continuar escuchando:

«Vengo a anunciaros la Verdad. El señor os avisa para que creáis, porque vendrá día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquel que vino a la tierra a morir por nosotros.»

El acento del extranjero parecían poner un sello de fe en los labios.

La muchedumbre le rodeaba absorta.

Los mismos mercaderes olvidaban sus pregones y los asnos cargados de frutas, para mezclarse entre los oyentes, arrastrados por el extraño sortilegio de aquella voz fascinante en su propia austeridad.

Hablaba ahora de la Pasión y Muerte de su Divino Maestro.

Repetía las parábolas que Jesús improvisara a la sombra geórgica de las olivas, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras.

Explicaba uno por uno todos sus milagros, y describía la escena de su muerte gloriosa:

«El trueno estremeció las montañas.

Las sombras amortajaron la tierra.

El velo del templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron a llamar familiarmente a la puerta de sus hogares.

Después se puso a referir su historia.

Fué encargado por el Sahendrín de Jerusalén de perseguir a los sectarios de Cristo.

Su severidad había llenado las cárceles de mujeres y de niños.

Sus propios ojos contemplaron el martirio de Esteban, uno de los primeros discípulos.

«Mas aconteció que yendo un día a Damasco, de repente, a la hora en que el sol brillaba más en el cenit, una luz del cielo envolvió mi camino.

Los que me acompañaban se quedaron atónitos, como sumidos de pronto en un sueño profundo,

Mi caballo, espantado, se encabritó, y caí desvanecido al suelo.

Entonces oí una voz que, dolorida, murmuraba:

—¡Saulo, Saulo! ¿por qué me persigues?

Y la dulce figura de Jesús de Nazaret apareció ante mis ojos, envuelta en claridades tan intensas, que mis pupilas cegaron.

Yo me atreví, al fin, a suspirar:

—¡Señor! ¿Qué debo hacer?

—Levántate y marcha a Damasco.

De manos de mis acompañantes entré en la ciudad. Allí recobré la vista y me fué revelado mi destino.»

El silencio era tan profundo, que se oía el ale-
tear de las palomas que en blancas bandadas cru-
zaban el azul, y hasta el temblor de alguna hoja
seca que la brisa hacía revolotear sobre la muche-
dumbre.

Pablo prosegua.

Anunciaba la resurrección de la carne, predi-
ciendo un reinado de amor y paz sobre la tierra.

«¡Ni esclavos ni señores! Los hombres, todos
hermanos, entonando juntos las alabanzas del
Señor!»

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras
del Apóstol.

Lais salía del Templo, flotando el sutil velo de
gasa que dejaba adivinar las rosas vivas de su
olímpica desnudez.

Los finos cabellos, sujetos y separados en la
frente por ancha cinta de púrpura, y recogidos
sobre la nuca por largo alfiler de plata, ceñían su
cabeza como un casco de oro.

Dos esclavos impúberes le precedían, tañendo

flautas; y en torno de ella, coros de doncellas, coronadas de rosas, danzaban, cogidas de las manos, como en una alegoría de la Aurora.

Pablo continuaba:

«Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?»

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron al Templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunescos.

Lais descendía las gradas con la ritual serenidad de una diosa.

Los collares de falos de oro que serpenteaban alrededor de su cuello, sujetos por una cigarra de esmeraldas, fulguraban al sol en medio de la irradiante blancura de los mármoles y el lino ondulante de las túnicas. Y el milagro de su pierna desnuda, al extenderse para alcanzar los peldaños, resucitaba la euritmia y el blancor de aquellas esculturas gloriosas que en el interior del Templo, entre el incienso y el humo de los sacrificios, se elevaban serenas sobre los plintos, seguras de su inmortalidad.

Los legionarios, ebrios, aullaban de deseo en sus

lenguas ásperas y salvajes, levantando en su honor las anchas cráteras.

Las mismas cortesanas arrancaban las flores y las cintas de sus tocados para arrojarlas, como ofrendas, a los pies de la aparición gloriosa.

Y en todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única.

—¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Embellece con tus ojos nuestras mercancías! ¡Ennoblécelas con el contacto de tus manos!...

Y los vendedores, agrupados en torno de ella, pálidos de emoción, le tendían velos finísimos, verdaderos tejidos de aire y de luz; alfombras de Persia, joyas egipcias en las que relampagueaba el esmalte de oro de los escarabajos sagrados; espejos de plata bruñida con mangos incrustados de piedras preciosas; resinas y gomas de la Arabia, y abanicos de pluma de avestruz.

A lo lejos seguía resonando la voz del Apóstol con la lenta y austera severidad de un anatema.

Algunos esclavos y varios marineros inválidos, tullidos, astrosos, le seguían escuchando, apretándose en torno de él, como para evitar a sus ojos

impotentes el dolor de aquel espectáculo de Juventud y de Belleza.

Dyonisios se adelantó, abriéndose paso entre la muchedumbre con ayuda de las varas de los siervos, y alzando a Lais en sus brazos la condujo, en un noble gesto de orgullo, hasta la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron el sol.

Las guirnaldas que festoneaban las columnas del Templo se deshojaban lentamente. Y el humo de los sacrificios y el perfume de los jardines de la Diosa impregnaban la suavidad del aire de caricias tan sutiles, que hacían arder bajo las túnicas las carnes, y palidecer mortalmente los rostros en la exaltación suprema del deseo.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y relinchando, partieron a galope por la amplia vía de laureles y de mirtos, mientras las últimas llamaradas del incendio solar resplandecían en el áureo escudo de la estatua de Minerva que, vigilante sobre la colina de mármoles gloriosos, apoyada en su lanza, custodia la ciudad.

III

Celebrábanse las grandes Panateneas.

En la orgía luminosa y cálida del sol estival, las amplias vías engalanadas con arcos de triunfo y ramos de mirto, eran como las vivas arterias de aquel desbordante mar humano que se precipitaba, clamoroso, desde las cien puertas de la Ciudad, hasta las estribaciones de la Acrópolis, invadiéndolo todo con el tumulto ensordecedor de sus voces.

Los mármoles de las estatuas y de los frontispicios atemperaban las violencias de la luz cenital, el claro azul del cielo y el verde brillante de los jardines, con los trémulos reflejos de su olímpica blancura.

El aire era una fiesta de perfumes: de mirra

quemada sobre trípodes de bronce, de óleos, de flores, y de frutos maduros.

Una persistente y sorda marea de gritos y canciones, rodar de carros, gemidos de cítaras y sollozos de flautas, ascendía hasta el azul. Y a veces, las nubes de polvo proyectaban sobre la movable policromía de las agoras las sombras fugitivas de su vuelo gigantesco.

Dynisios, desde la terraza de sus jardines, contemplaba aquel incesante desfile de la muchedumbre que, con sus gritos y sus carreras frenéticas, profanaba la solemne majestad de la fiesta, la más piadosa de todas cuantas celebraba la Ciudad en honor de su Divina Protectora.

—Dynisios, por Palas ¿qué mal pensamiento enarca tus cejas, semejantes a las del Padre Zeus, cuando vibra el rayo contra los Titanes, mientras la Victoria refrena el ímpetu de los corceles sagrados, tendiendo al viento la gloriosa movilidad de sus alas?

Dyonisios alzó la frente.

—¡Polígnoto! ¡Que los Dioses bendigan estos ojos que te vuelven a ver después de tanto tiempo!

Y estrechando al recién llegado contra su pecho, continuó:

—¿Cuándo llegaste de Roma?

—Al amanecer atracó la galera de Lisipo de Samos al puerto de Falera. Y gracias a Minerva puedo contemplar de nuevo su Ciudad en el día más espléndido de sus fiestas. Colgué mis ex-votos en los altares de los dioses marinos, y vine en tu busca.

Se alejaron conversando por los floridos laberintos.

A través de los ramajes se veía pasar la muchedumbre, en un relampagueo fascinante de joyas y de metales, en un deslumbramiento fugitivo de colores y velos flotantes.

—¡Los Dioses se van!— continuaba Polígnoto.—Y nosotros nos vamos con ellos. Estamos irremediablemente perdidos.

Nuestro ardor, la fiebre de juventud y de vida que nos poseía, nos obligó a expandirnos por el mundo, y perdimos, con nuestra concentración, la fuerza primordial, la virtud más heroica de nuestra sangre.

La proa de nuestras naves abrieron nuevos surcos en todos océanos; no hay un palmo de tierra que sandalias griegas no hayan pisado en señal de dominio.

Señalamos nuevos vértices al pensamiento, y ante el mundo entero, atónico de admiración, hicimos surgir del fondo de las olas, en su carro de nácar conducido por las palomas y custodiado por los delfines, la apoteosis triunfal de la Belleza, la eterna madre del Amor.

Mas ¿qué importa que nuestro Pensamiento y nuestro Arte floten sobre todos los naufragios del Tiempo, si ya no nos pertenecen?

Dimos a los bárbaros todo cuanto poseíamos.

Envejecimos prematuramente. El ansia de investigar el por qué de las cosas, acabó con la antigua fe. Y hoy nuestros templos y nuestros dioses son como cosas inútiles que nos legaron los abuelos, y que nosotros conservamos sólo por respecto a los muertos. Queda en los labios el nombre de las Divinidades, pero su símbolo ha muerto en nuestro corazón.

Hasta el culto de los Héroes se va extinguiendo, como las brasas de un fuego sagrado que nadie aviva. Los poetas prosiguen cantándolos, pero nadie los imita ya. En nuestra tierra se están secando los laureles.

Roma, más joven, más fuerte, recoge nuestra herencia, y con el poder de sus armas domina el

mundo. Pero Roma es bárbara. Bajo su túnica griega late siempre su corazón de loba. Unció a los más poderosos monarcas de Oriente a su carro de triunfo, pero el Oriente penetró también en su corazón como un veneno infeccioso.

A la antigua sobriedad de Triptolemo que sólo abandona la esteva y empuña la espada cuando el enemigo invade sus campos, sucedió una agresiva embriaguez de rapacidades y conquistas.

El valor se transforma en crueldad.

El mismo pueblo, acostumbrado ya a vivir de los botines de la guerra y de la magnanimidad de los triunfadores, olvida sus derechos, y sólo pide, aullando en torno del palacio de los Césares, ¡pan y circo!

Sus fiestas no tienen ni la gracia ni la belleza de nuestros juegos.

Los atletas no luchan desnudos, sin más armas que el vigor de los músculos y la celeridad de sus movimientos, para obtener en la carrera o gladiando, el ramo triunfal de encina, y añadir un nuevo trofeo a las glorias de su ciudad nativa.

Combaten armados, con encarnizamiento de fieras famélicas que a dentelladas se disputan la presa, hasta caer desangrándose, en estudiados

gestos de histriones, ante la impávida indiferencia del César y el entusiasmo frenético de los espectadores.

Nada, sin embargo, más hostil a nuestra sensibilidad como las fiestas circenses.

Asistí al circo un bello día primaveral.

En las magnificencias de la luz se esculpían nítidamente las figuras con relieves fulgurantes.

En el aire, tibio de sol, se insinuaba ya un fresco perfume a cálices recién abiertos, brotes tiernos, hierbas húmedas y jardines en flor. El incessante gorjear de los pájaros parecía envolvernos en cálidas caricias de nido.

Las turbas se agolpaban, gritando y gesticulando, en torno a las puertas de bronce, en un oleaje encrespado y tumultuario de colores, de cabezas ululantes y puños crispados. Invadían las anchas graderías de pórvido labrado, en un violento triunfo de color, aullando de entusiasmo, como hienas que husmean en las brisas cargadas de desolación y de noche, el acre olor a sangre de las matanzas nocturnas.

Las cráteras de vino corrían, hasta agotarse, de boca en boca.

Los brazos se alzaban tremantes, como en la

locura de la embriaguez, y las miradas, ardiendo de deseos, apuñaleaban el espacio, buscando entre las gradas, en las tribunas, en el sol, en el azul y el en aire, senos desnudos donde posarse, labios abiertos en que saciar su sed infinita de lujuria.

Los heraldos hicieron sonar sus largas trompetas de plata.

Hubo una pausa de silencio.

Estalló un círculo de vítores. La pálida figura del César, envuelta en un manto amatista bordado de águilas de oro, apareció en la tribuna, rodeado de familiares y pretorianos.

Tomó asiento bajo un dosel de púrpura constelado de gemas, cuyo importe bastaría para atender a las necesidades de todo un pueblo. Luego aparecieron las citáridas, las flautistas y las vestales. Y por último, los poetas, ceñidos de laurel, entre cuyos dedos temblaban las cuerdas de plata de las tortugas apolíneas.

El aire era una fascinación de luz: una cálida pesadilla de oro, púrpura y azul vibrantes.

Flameaban los mantos; espejeaban las corazas y las armas bruñidas; relámpagos de iris fulgían de los metales y de las piedras preciosas.

Un agudo perfume de lujuria primaveral lo invadía todo; parecía ascender como sangre febril y encelada por las venas del silencio y del éter hasta el corazón humano.

En los rostros ardía la misma expectación; igual deseo sangriento florecía en todos los labios, y en los puños crispados y en las voces estentóreas temblaba una misma impaciencia.

Bajo mi manto sentía crepitar la sangre hasta retorcerme las venas, y mis dedos se clavaban en la carne en un encorvamiento de garras.

De repente se abrió de par en par la amplia puerta de bronce, y un coro de adolescentes, de vírgenes y de ancianos, invadió, lentamente, con la blancura de sus trajes y la suavidad de sus cantos, la candente soledad de la arena:

La multitud aullaba de júbilo; les tendía los brazos, increpándoles, presintiendo ya la suprema voluptuosidad de la matanza.

El coro avanzaba, salmodiando estrofas de una belleza moral única. Las figuras se apretaban las unas contra las otras, como para esconderse de la voracidad de las miradas.

Rostros de una expresión inefable, como sólo se ven en las antiguas estatuas de los dioses.

Se arrodillaron en mitad del circo, y con los ojos y las manos tendidas al cielo, continuaron sus salmodias, ajenos a cuanto les rodeaba.

Mi corazón se conmovió ante la dulzura de aquellas voces que deben ser como las últimas que las Parcas cortan en la garganta de los moribundos.

—¡Son los cristianos!—murmuró Menandro de Abdera, el célebre filósofo estoico.—Criaturas de bondad y de fervor que estos bárbaros se empeñan en exterminar, porque predicán el amor á Dios, el respecto a las leyes y la igualdad entre los hombres.

Y su voz era queda, temerosa del fino oído de un delator.

Frente a mí se destacaba el bello perfil de una doncella, de actitud tan noble y tan casta, que me hizo pensar en la Pallas Atenea que el divino Fidias cinceló en oro para eternizar el triunfo de nuestras armas contra los Persas.

Y mi pecho que ha recibido impávido, seguro en su experiencia, todas las flechas de Eros y todos los mensajes de las palomas de la Diosa, se sintió de pronto traspasado ante la armonía suprema de aquella figura virginal, ante la nobleza del

rostro y la ternura de aquellos ojos inmóviles, como petrificados en una férvida adoración interior.

No eran deseos, no.

Hubiera querido transportarla en una galera empavesada hasta la Ciudad; armarla del casco y de la lanza de oro que Cleomones cinceló para la Minerva del Partenón, y colocarla después sobre un plinto de mármol pentélico, en el sagrario de mi casa, como una estatua viva de la Eterna Virgen.

Ante ella hubieran ardido las mirras de todas las adoraciones. Y el humo de los más puros sacrificios perfumaría constantemente su templo.

A mi lado, Menandro, palidecía también contemplándola.

—Es una de las más nobles hijas de Roma— murmuró a mi oído.—Sus manos eran las más hábiles para tañer harpas y derramar el oro sobre los necesitados. Sus ojos hechos al fausto de los palacios y al brillo de las gemas, han derramado bálsamos de consuelo sobre las miserias más sórdidas, sobre las úlceras más repugnantes. Es una flor de bondad y de gracia que va a dar su perfume a los cielos, después de haber agotado sobre la tierra el rocío de sus ternuras. Pura y sabia como la Minerva que protege tu Ciudad.



Un grito formidable estremeció el espacio: las palomas que se arrullaban en los frisos de las columnatas, huyeron espantadas, dejando un temblor de sombras fugitivas sobre el luminoso entusiasmo de la fiesta. Parecieron posarse un instante sobre el grupo de cristianos y acariciarlos con sus alas.

Se alzaron las compuertas de los cubiles, y olfateando, erizadas y enormes, aparecieron las cabezas de los leones, de los tigres, de las panteras, de todos los monstruos del desierto.

El pueblo entero se alzó de sus asientos, ávido de no perder ni el más insignificante detalle, y quedóse un instante suspenso, conteniendo la respiración, con los ojos fijos en las fieras, mientras los cristianos, sin preocuparse, continuaban de rodillas, entonando con voz cada vez más sonora las alabanzas de su Dios.

El César acababa de apurar, indiferente, una ancha copa de vino espumoso.

Las fieras avanzaron cautelosamente, erizados los lomos, azotando los ijares con las colas vibrátiles, desentumeciendo la elástica vivacidad de sus miembros ágiles y fuertes.

Se quedaron un instante inmóviles, atónitas,

con las fauces y las pupilas abiertas a la luz, y un rugido pavoroso saludó al sol.

El circo era un ciclópeo corazón palpitante de angustiosa ansiedad.

Los cristianos continuaban salmodiando sus alabanzas.

Las fieras gruñan sordamente. Bajo la piel constelada de sol, se transparentaba el móvil relieve de los músculos tremantes.

Un tigre saltó, por fin, sobre los cristianos, y un raudal escarlata humeó bajo sus garras.

La ansiedad de la multitud estalló en un clamor único.

Las fieras, al olfatear la sangre, rugieron ferozmente, y como poseídas por un instantáneo vértigo de destrucción, se precipitaron sobre el grupo.

Se oía el seco crujir de los huesos triturados entre los dientes voraces; el desgarrarse de las carnes bajo las zarpas violentas.

Continuaba ascendiendo el cántico sagrado, cada vez más sonoro, dominando los rugidos, los ayes y hasta las ruidosas exclamaciones de la multitud, que ya en plena orgía de sangre, increpaba con los más soeces denuestos a las víctimas

azuzando la voracidad de las bestias con agudos silbidos estridentes.

La doncella continuaba arrodillada, con las manos unidas sobre el pecho, los ojos fijos en la altura y los cabellos flotantes como un manto de sol por la espalda, semejantes a esos simulacros de la Piedad que los escultores cincelan en los monumentos funerarios.

Un león mostraba entre sus colmillos sangrientos pedazos de entrañas aún palpitantes.

Sacudió las crines y saltó sobre la virgen; y la carne inmaculada floreció como un lirio sangriento entre los jirones de la túnica.

La muchedumbre, ebria de lujuria, quería violar con sus ojos aquella intacta desnudez sangui-nante. Y la carne virginal se estremecía, más roja de rubor que de sangre.

De pronto, Menandro, lívido y desencajado, descendió a la arena, y su pequeño manto de filósofo se interpuso como un velo de pureza entre el cuerpo desnudo y la voracidad violadora de las miradas.

—¡Una víctima voluntaria!—clamaba la muchedumbre.

Yo no pude ver.

Salí del Circo, febril. Sentía en los labios un acre sabor de sangre, y ante mis ojos ascendía, como el humo de un sacrificio, el vaho cálido y purpúreo de la matanza.

Mi corazón, que oyó sin inmutarse el silbar de los venablos, aún tiembla de espanto al recuerdo de aquella escena.

Una nueva fe parece despertar en las conciencias. Fe tan poderosa que lleva a morir, sonriendo, a los niños y a las doncellas.

¿No recuerdas aquellas admirables máximas morales que nos legaron Sócrates y Platón?

En ellas se apoyan los nuevos creyentes; y los ojos verán otra vez sobre la tierra prodigios y milagros.

Se habían alejado hasta el centro del jardín. Como un rumor de colmena llegaba hasta ellos los clamores de la multitud jubilosa.

Bajo el pórtico de un templete, vestida de blanco, sin más adornos que las cintas de púrpura que ajustaban las sandalias y le trenzaban los cabellos, Lais daba trigo a las palomas.

En el fondo blanco de los mármoles, resplandecía el sol como en un escudo de plata.

En la quietud del aire se deshojaba el último

perfume de las rosas, y parejas de golondri-
nas herían el azul con sus fugitivas saetas de
sombra.

El gemido lejano de una cítara temblaba entre
las hojas de los altos laureles.

IV

Terminaba el festín.

En la insinuante penumbra de los triclíneos, jóvenes patricios, coronados de verbena, acariciaban con sus pálidas manos enjorjadas las ambiguas testas de hermosos ganimedes.

Las cortesanas encubrían el misterio de sus voluptuosidades bajo la gasa de los velos.

Las cíteras gemían extenuadas en un trémolo de besos, y danzarinas orientales, arqueando lascivamente los brazos tatuados, agitaban sus piernas y sus vientres morenos en la embriaguez cataléptica de la danza. Simulaban los divinos estertores de las bacantes en los festivales nocturnos del diós de los pámpanos, o la sorpresa imprevista de las ninfas al retorcerse de placer entre los brazos

robustos de los faunos sedientos de amor y ebrios de vino.

Dyonisios permanecía inmóvil, reclinado en su rico lecho de marfil y sándalo, extraño a todo, como un sonámbulo extraviado en las profusas marañas de un laberinto.

En vano Lais intentó reanimarle.

En vano las manos de la bella hija de Lesbos, manos irreales de luz y de armonía, enjoyadas con su propia belleza, se enredaron en una caricia de suavidad a sus cabellos, y las sintió temblar, después, deslizándose como serpientes de tentación y de fiebre, a lo largo de su carne, bajo la seda cálida del manto.

En vano los ojos amados, cambiantes como las linfas al sol: ojos que, siendo negros, tenían reflejos azules al encenderse, chispas de oro al entornarse y verdores de planta acuática en la estrábica dilatación del deseo; en vano aquellos ojos se abrieron en claridades fosfóricas, mirándole con una fijeza irresistible, húmedos de ternura, extenuados en una invitación desesperada, hasta cerrarse en el divino simulacro, bajo el temblor de los párpados agonizantes.

Los labios temblaron, sagrando besos, como los

bordes de una herida fresca, dejando ver entre la nacárea blancura de los dientes la llama sutil y móvil de la lengua, esperando la avidez de los besos mortales. Y los brazos ebúrneos, cargados de manillas de oro, resplandecientes de escamas de pedrería, intentaron inútilmente enroscarse a su cuello, invitándole a apurar sobre las erectas magnolias de los senos el licor sagrado que da la vida y que a veces también causa la muerte.

Los ojos fatigados de Dyonisios se clavaron en las hondas pupilas obsorbentes, hallándolas tan extrañas, tan otras, que volvieron a cerrarse para continuar mirando en su interior los confusos y remotos panoramas de su ensueño.

Lais inclinó la frente, y curvando su grácil cuello de cisne, besó con suavidad los párpados herméticos, maternalmente, como si fuesen los de un niño enfermo a quien se teme despertar.

Dyonisios sentía su carne muerta en la gárrula banalidad de aquel festín, donde las líneas clásicas de la Belleza saltaron brutalmente rotas, con los pedazos de la primera ánfora que un convidado ebrio arrojó sobre el policromo mosaico del pavimento.

Se daba a sí mismo la sensación de ser alguna

de aquellas viejas momias enfajadas de unguentos, que en sus viajes al país de los Faraones había visto tantas veces, presidiendo los más equívocos y escandalosos banquetes.

Su espíritu le abandonaba, arrastrado por ignotos impulsos hacia vértices desconocidos, desde los cuales veía los objetos y los seres como a través de altas aguas turbias.

Y^{ra} veces la figura apostólica de Pablo de Tarso aparecía nebulosa, con los brazos tendidos hacia el cielo, como señalándole un nuevo dromo a su espíritu, anhelante de fúlgidas metas de reposo.

Los esclavos cambiaban las últimas coronas a los convidados.

Céleres niñas, desnudas, con los cabellos enguirnaldados de narcisos, escanciaban con bellos gestos escultóricos, en frágiles vasos corintios, ventrudos odres de Chipre y de Samos.

De los trípodes de plata oxidada subía el humo azuloso de las resinas de Oriente.

La música de perfumes y de agua de los surtidores refrescaba la pesadez del aire, mientras la lluvia de pétalos de rosa descendía de los velarios de seda, cada vez más suave, en un revuelo acariante de alas de mariposas.

Dorión, un joven de ambigua belleza dionisiaca, envuelto en una túnica de púrpura franjeada de oro, pesada y suntuosa como la de un sátrapa, con los brazos, las piernas y las orejas agobiadas de ajorcas y pendientes, levantándose perezosamente sobre el codo, dijo de pronto a Licino, célebre filósofo cínico, que en el lecho cercano se rascaba la áspera y punzante maraña de las barbas:

—¿Por qué, mi pobre amigo, andas así, desgredado, descalzo y sin túnica?

—Porque así me encuentro bien. Tengo lo preciso. Á mis pies les basta con la tierra que pisan, y a mi carne con este manto raído y agujereado como el de uno de esos mendigos que te asaltan por las tardes, en la vía de los perfumistas y junto al muro de cerámica, inquietándote con la exhibición de sus llagas y con la implorante salmodia de sus súplicas. Mas, ¿crees, por ventura, que mi cuerpo está más deteriorado que el tuyo?

—No. Pero rechazas inútilmente todos los dones que los buenos dioses prodigan, a manos llenas sobre los mortales, para atestiguar su poder y misericordia. Eres lo mismo que el infeliz desfallecido de hambre, que en vez de aceptar las viandas que una mano caritativa le ofreciera, las arrojase a los

perros famélicos que vagan hociqueando, al amanecer, en los despojos de los mataderos y entre la basura de los mercados.

—No desprecio nada. Mas no soy como vosotros que amáis lo superfluo sobre todas las cosas, y hacéis de vuestros semejantes asnos de carga, obligándoles a llevar colgadas del cuello vuestras literas.

Las mujeres tienen más necesidades que los hombres, y los débiles más que los fuertes. Los dioses no tienen ninguna.

¿Tú crees que a Hércules y a Teseo les obligó la necesidad a ir sin más vestidos que las pieles de las fieras y de los monstruos que ellos mismos desquijaban?

Poseían las riquezas y el poder, y, sin embargo, quisieron andar así; y antes se dejarían rasurar sus melenas los leones que ellos sus barbas.

Las mujeres, a su lado, sentían el acre y potente olor a macho, y les amaban.

Lais, la famosa cortesana, prefirió siempre las rudas caricias del inmundo Diógenes a los refinamientos del elegante Arístides.

Vuestro aspecto recuerda al de los bardejos que se ofrecen por unas cuantas baratijas en los muelles

de Alejandría y de Corinto, y a la entrada de la puerta de Difilo, compitiendo en fastuosidad con las más ricas prostitutas.

Á fuerza de acicalaros habéis perdido la virilidad de las antiguas estatuas. Si hoy no existen escultores dignos del preclaro prestigio de este nombre, es porque han desaparecido las bellas formas heroicas.

Vestís como los hetairas y acabaréis por cubrir vuestras cabezas con las doradas pelucas cortesanas.

Nada os conforma y de todo os quejáis, impertinentes como niños y lacrimosos como plañideras.

En las antiguas aljabas se enmohecen las flechas, porque vuestros brazos no pueden tender el arco glorioso de nuestros abuelos.

Rechazáis el óleo fortificante y los alegres juegos del gimnasio, ungiendo vuestros miembros con los más exquisitos perfumes y deformándolos en la ociosidad.

En vez de alzaros virilmente contra el poder de Roma, doblegáis el cuello bajo el látigo de los Procónsules. Y desde la cima del Capitolio, la loba romana, señora del mundo, se ríe despectivamente de vuestros gestos de histriones y de vuestros panegíricos de sofistas.

Ignorantes del verdadero camino, seguís sólo el que os marcan vuestras necesidades. Incapaces de domeñarlas, os dejáis esclavizar por ellas.

Os semejáis a aquel pobre hombre de la fábula que montó un potro sin domar.

Un amigo que casualmente pasaba, le preguntó,
—¿Dónde vas?

Y el infeliz, temblando de miedo, le respondió, señalando su cabalgadura:

—¡Dónde ésta quiera!

—¡Que no grazne más ese grajo!—interrumpió la voz áspera de un comensal.

Dorión le arrojó una ostra, y Glycera el pedazo de melón que tenía entre los dientes.

Licino sorbióse filosóficamente la ostra y terminó de apurar la raja de melón.

—¡A bañar ese perro sarnoso! ¡A bañarle!— vociferó Glycera.

Y las cortesanas, desgreadas, con los senos colgando por encima de las túnicas manchadas de vino, en una furia infernal de gritos y de carcajadas, se abalanzaron sobre el pobre filósofo, dispuestas a consumir la amenaza en algún pletórico tonel.

El mísero Licino se revolvía ridículamente en-

tre aquellas manos ávidas y febriles, que le estrujaban, arrancándole a jirones el manto y dejando al descubierto, entre los harapos, su áspero pecho de jabalí y sus lanudas patas de chivo.

Dyonisios, que había escuchado las palabras del filósofo como si fuesen el eco de sus propios pensamientos, se levantó rápido a socorrerle, y con la ayuda de sus esclavos consiguió arrebatarse a las cortesanas.

Las bailarinas, agotadas por el frenesí de la danza, yacían inmóviles sobre ricos tapices de Persia, mostrando su desnudez marchita y estragada entre jirones de velos desgarrados y fragmentos de flautas y de címbalos rotos.

Algunas teas se consumían arrojando temblorosas zonas de luz sobre las paredes pintadas, como sombras de pájaros errantes que vagasen aturridos en el aire buscando por donde escapar.

La última perla de la clepsydra marcó la media noche.

Después de la fiesta, cuando las literas de los últimos convidados se perdieron a la luz humeante de las antorchas entre los árboles del jardín, Dyonisios sintió un intenso deseo de soledad, y evadiendo las caricias de Lais, se refugió en el sereno recogimiento de su cámara.

Una vaga inquietud le atormentaba.

Se sentía desterrado en su propia patria. Grecia era para él una inmensa Necrópolis.

Filósofos y retóricos habían acabado juntamente con la Religión y con el Arte.

En sus Templos, cuyos mármoles blanqueaban en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron a inmolar víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades.

Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las Ninfas y de las Musas.

Y hasta sus ruinas eran transportadas en grandes flotas a Roma para adornar como trofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nada le ligaba a aquella sociedad degenerada.

Su mismo amor a Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de los bellos tiempos pasados.

Sus formas eran las únicas que podrían mostrarse desnudas al sol, en medio de la magnificencia de las insignes estatuas.

Amaba en el cuerpo impecable y en el espíritu amplio y armónico de la cortesana, a la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por encima de todos los cultos el inmutable y divino imperio de la Belleza.

Algo nuevo alboreaba en su espíritu, confusamente, como un sol de invierno entre las nieblas húmedas del amanecer.

Las palabras de Pablo resonaban persistentes en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejorro, en el sopor de la siesta, junto a los surtido-

res borboteantes, bajo la sombra recatada de las vides pomposas.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su vista atónica, acabó por subyugarle, adormeciéndole en un ensueño diáfano y tranquilo.

En los lampadarios de bronce, la luz aleteaba como un pájaro moribundo.

Las brisas del jardín, entre perfumes enervantes, traían el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones que se alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre las cuales, dominándolo todo, resonaba a veces el largo y estridente alarido de los pavos reales.

De pronto, Dyonisios abrió los ojos, presa de un súbito y brusco sobresalto, como si una mano invisible lo despertara.

La obscuridad le envolvía, y sólo allá en el fondo, por el hueco de las ventanas, penetraban el plateado resplandor de las estrellas y el azul profundo del cielo extático.

Un ruiseñor cantaba a lo lejos; y la poesía de aquella música nocturna le impresionó tan hondamente que permaneció largo tiempo inmóvil; como suspenso en el encanto de sus notas, creyendo descubrir en ellas la clave de un misterio.

Y más bella, más precisa, resplandeciente de blancura en el negror trágico de la noche, surgió de nuevo ante su estupefacción la imagen apenas entrevista en las nebulosidades del ensueño.

Avanzaba serenamente, con los brazos abiertos en forma de cruz, por un camino irreal que florecía luminoso bajo el milagro estelar de sus sandalias.

Las manos y el costado manaban tibios hilos de sangre, y su frente se inclinaba resignadamente bajo el dolor punzante y agudo de las espinas.

Llegó hasta el borde mismo del lecho, envolviendo a Dyonisios en la piedad ilimitada de su mirar sereno, repitiéndole, como un eco musical y dulcísimo, las últimas palabras de Pablo:

—Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois, comparados con los eternos goces del espíritu?

Él vió claramente la aparición; había sentido en sus sienes calenturientas la misericordia de las manos taladradas, y hasta su aliento respiró un perfume de infinito.

Aun en sus oídos resonaba aquella voz única, voz de consuelo, que parecía envolverle en un olvido de sedas y de éxtasis.

Recordaba la historia de Pablo, y la voz miste-

riosa, y la claridad deslumbrante que le señalaron un nuevo rumbo, y creyó que también a él una una mano de luz le indicaba el camino, en medio de la noche oscura de su alma.

Saltó del lecho, ávido de afirmar o desvanecer aquel ensueño, y mandó a sus siervos preguntaran en la ciudad la posada del Apóstol judío, deseoso de conocer las verdades que predicaba, y ser iniciado en aquel culto que hacía del amor principio y fin de la vida.

—Llevalde—dijo—las palomas más blancas, las pieles más costosas, las joyas más caras...

—Señor—exclamó humildemente, inclinándose hasta casi rozar el suelo con las manos, un viejo esclavo galileo—, Pablo no admite más presentes que una buena voluntad. Vive con pobreza, y sólo acepta lo indispensable: un cuenco de agua y un pedazo de pan. Si quieres conocerle, yo te llevaré al lugar donde congrega a sus fieles: en un extremo de la Ciudad, bajo los plátanos de Illiso...

Dyonisios partió con el siervo.

El tráfico empezaba a despertar en las amplias vías de los comerciantes y en los alrededores del Mercado.

Grupos de marineros borrachos regresaban al

Pireo, canturreando obscenidades y abrazados a la cintura de viejas prostitutas, cuyos flácidos rostros, todos ojeras, reflejaban el cansancio y el agotamiento de las largas noches viciosas.

Algunas literas, rodeadas de esclavos, atravesaban las plazas, de vuelta de alguna orgía sostenida hasta el amanecer. Entre los ricos cortinajes de púrpura y oro, se veían a veces ojos cargados de voluptuosidad, o pálidas manos enjoradas que se inclinaban para refrescar su ardor en el perfume matinal.

Los fruteros abrían con estruendo sus barracas, o descargaban largas recuas de asnos, mientras los recueros desinflaban a grandes tragos felpudas odres de piel.

En una encrucijada, sombreada de mirtos, la blancura de una estatua rasgaba las humeantes neblinas del alba, mostrando al caminante su plinto cubierto de coronas y de espigas votivas.

Bajo los pórticos del Mercado, vendedores de higos de Smirna disponían en anchas canastillas de mimbre, sobre pomposas hojas de vid, las fragantes mercancías, ensayando sus pregones insinuantes. Y de las entreabiertas barracas de las floristas se escapaba un húmedo perfume primaveral

de flores recién cortadas, mientras manos expertas tejían ramos y coronas festoneados de hiedra y laurel.

Los primeros gorjeos de las golondrinas, que desentumecían las alas revoloteando en las altas cornisas, se mezclaban con el canto monótono y repiqueteante de las codornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre trípodes de bronce, braseros de incienso, y las guirnaldas que festoneaban sus puertas parecían revivir milagrosamente en la frescura matutina.

A orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

A lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua, de algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la Ciudad al Procónsul romano.

VI

Fuera de las murallas, en la explanada sobre el Illiso, bajo los mismos plátanos donde un día volaron las palomas a picar trigo en las manos de Platón, Pablo, sentado en la escalinata de mármol de un templo derruido, hablaba a la muchedumbre.

Los primeros reflejos solares bañaban de oro la copa de los árboles, y las últimas neblinas se deshacían en el glorioso triunfo de la luz, humeando allá abajo, en los vallados de los pomares y de los huertos, en las cercas de los jardines y en los bosques de laureles y de adelfas, entre los cuales serpenteaba la plateada corriente del río.

Un perfume intenso a naranjos y limones maduros, mezclado con el vaho húmedo de la tierra

mojada y los lejanos efluvios salinos que venían del mar y el aliento cálido de los jardines cercanos, flotaba pesadamente en el aire.

Dyonisios se detuvo un momento.

A su orgullo patricio repugnaba el contacto de aquellas gentes abyectas y humildes que en el más religioso de los silencios escuchaban las palabras del Apóstol.

Eran esclavos escapados de las ergástulas, mostrando algunos, entre las cicatrices de las quemaduras, los sangrientos muñones de los brazos mutilados. Libertos miserables, sórdidos traficantes, jornaleros de manos callosas, marineros de piel tostada por el sol de todas las latitudes; ramera envejecidas en su oficio, cuyos senos flácidos colgaban por encima de las túnicas descoloridas, como frutos secos exprimidos por las manos y por las bocas de todos los caminantes; soldados bárbaros que, bajo las escamas de sus corazas, relucían al sol como monstruos marinos; mendigos, ciegos y paralíticos, entre los cuales se veía a veces, apoyada, sobre el tronco de un árbol, la austera silueta de algún filósofo... Toda la hez de la ciudad y de un pueblo abierto a las galeras de todos los países.

Un olor acre de sudor y de miseria exhalaba aquella multitud abigarrada. Dyonisios sintió una viva ansia de regresar a la ciudad. Una misteriosa atracción detenía sus pasos, y apoyándose en el pedestal de una estatua mutilada se dispuso a escuchar.

Pablo, en medio de un coro de discípulos ávidos, cuyos ojos seguían atentamente las parábolas que en el aire trazaban las apostólicas manos de garra, refería uno de los más bellos momentos del Maestro Divino:

—«Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam.

Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente entre las arenas calcinadas.

Grupos de mujeres, con el ánfora en el hombro, regreseban, cantando, de las cisternas.

Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Galilea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba móviles sombras sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba a Betlem, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba, invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabbí de Galilea, tan amigo

de los niños, a quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el soio bálsamo de sus palabras a un viejo pastor de la Idumea, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad.

Sus ojos ardían como soles bajo la sombra obscura de las pestañas.

Sobre la túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban desparramados sus cabellos. Y el viento de la tarde estremecía y hacía ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

«Sé generoso, decía, pero no humilles al desvalido con tu generosidad.»

«Cuando des limosna, no mandes tocar delante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.»

Su voz era lenta y suave.

Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños corrían sonrientes a besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban agitando los brazos:

»¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hossana al hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hossana!... ¡Hossana!... ¡Hossana!...»

Jesús continuaba:

«No seas como esos ricos, licenciosos y avaros, que alimentan a sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta a los desheredados a la mesa de tu corazón, y comparte con ellos tu pan y tu vino. Si ves a tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras... Llorar con él... Esta es la verdadera caridad.»

Caminaba lentamente.

Bandadas de cigüeñas brillaban al sol como flechas de oro.

Los rebaños seesteaban a las sombras de las olivas polvorientas.

Un pastor tañía un rabel a compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, de noches de luna, de maná del cielo, de leche de camellos y de vírgenes prudentes que encienden su lámpara esperando la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron a orillas de una fuente que brotaba, en un hilo quejumbroso y trémulo, entre la hendidura de las rocas.

En un ángulo del camino, al pie de una cabaña cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían a pedazos, lívidos y purulentos,...

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados y tenía además una tienda de perfumes en el Atrio del Templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda de oro, y desde lejos, haciéndola girar en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de las provisiones que llevaba para el camino, y acercándose cautelosamente lo colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido

tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros, y andando con el extremo de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, lo dejó caer, con la punta de los dedos, sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús.

El sol empezaba a declinar, coronando de rosas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

Unos mercaderes se detuvieron a dar agua a sus camellos.

El Rabbí avanzó serenamente. Su perfil aguilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua...»

VII

Dyonisios presentía que algo nuevo iba a florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima a rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella: Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, a los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Te-

mía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del Mercado, acabaron de convencerle.

—¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un ave a la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia a todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por fin a tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena.

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

—¡Es preciso, Señor, es preciso! Todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, a hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas y, combinándolas sabiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento a los altos cañaverales animados.

De noche estudiaba el curso de los astros, prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice o los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, a la entrada de un bosque de mirtos, volvió a aparecérsesele.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo e intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, a cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído, con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

—Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban a los hombres y los dioses violaban a las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú fecundarás mis flancos, que, semejantes a la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se le ofreció desnuda bajo la alucinante fosforescencia lunar.

El, cayendo de rodillas, le quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, le acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloro-

so, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras, en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas resumiéndolas todas, entrañando en su cuerpo todo el encanto diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Lais.

Le perseguía constantemente, rozándole a veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole, a orillas del camino, a la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlonamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacía danzar, entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de inquietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos, erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

El, aterrorizado, huía. Huía, santiguándose, con

los cabellos tendidos al viento; perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse a respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomada en su lecho de piedra. Y así, a fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

VIII

Lais, a la sombra de un rosal, acariciaba voluptuosamente los vértices de su seno contra la piel sedosa y tibia, casi viva, de una pantera.

Con las aletas de la fina nariz dilatadas, como para aspirar mejor su propia lujuria, sonreía, humedeciendo la quemadura roja de los labios con la vivacidad de su lengua de serpiente, acostumbrada al sabor acre de los besos sangrientos.

Las rosas parecían crepitar de fiebre, en el hervor del sol, y en torno de los cálices el zumbido de las abejas tenía la turbadora inquietud de un amodorramiento.

A lo lejos, en la paz tórrida de los viñedos, adormecida por la distancia, desfallecía la voz de una flauta, bajo la pereza perfumada y cálida de aquel mediodía estival.

Las cigarras envenenaban el aire con el opio de su sopor somnoliento y pesado.

La cortesana agonizaba bajo la tenaz voracidad de un deseo único.

Su torso se contrajo en un encorvamiento de felino; los senos se plegaron sobre la piel, y por los anchos flancos estremecidos y a lo largo de sus piernas ágiles y egregias, pasaron en un temblor tumultuoso de muerte las últimas convulsiones del deseo.

El sol, filtrándose por los rosales, leonaba con manchas de luz la albura unánime de su desnudez estatuaria.

Hubo una pausa de agotamiento y de reposo.

La carne insaciable de la cortesana pedía besos sobrehumanos. Bajo la herrumbre de oro de las axilas, se dibujaba sobre la piel la curva rosada de los senos.

Toda una vida de voluptuosidad surgía de las profundidades de su memoria, como una alegre fuga de bacantes ebrias escapadas de brazos infatigables y faunescos.

A los doce años, siendo esclava de Pompilio, se dejó violar por un vendimiador a la sombra de los pámpanos lujuriantes.

Recorría aún su carne aquel primer estremecimiento.

Tembló de espanto, hasta cerrar los ojos, al sentir en los senos aquellas manos velludas y pegajosas que exhalaban un agrio olor a mosto.

Cayó de espaldas bajo el resoplido fatigoso y cálido del sátiro, violentada su carne por un desgarramiento doloroso.

Después, algo así como si unos labios voraces absorbiesen toda su sangre, hasta dejarla exhausta, bañada en un sudor frío, sin fuerzas ni aun para entreabrir los párpados.

Luego, su encuentro con Dyonisios. La noche en que, presa de una viva inquietud, llamó a su cámara y conoció entre sus brazos todas las turbulencias del deseo.

Al recordarlo ahora, su sangre hervía con tal violencia, que sobre la blanca epidermis se esculpía nítidamente el azuloso relieve de las venas.

Y por último, aquella inconcebible fuga del amado... El despertar zozobranante, como si un presentimiento le arrastrara... Descalza, apagando en la frialdad del mosaico el ardor de los pies, empujó la puerta, y a la luz grisácea del alba halló la estancia desierta y el lecho intacto.

Recorrió toda la casa, llamándole hasta enronquecer, mesándose los cabellos y golpeándose el pecho como una furia de tragedia.

Y así pasó días y meses, a solas con su locura, interrogando inútilmente al destino.

Mandó cuadrillas de esclavos en su busca, y al regresar, después de varios días, tostados por el sol, ensangrentados por las largas jornadas a través de caminos pedregosos, como no trajeran noticias del fugitivo, les mandó crucificar. Y sus gritos de angustia y de desesperación se mezclaron con los ayes y las contorsiones de agonía de aquellos desdichados.

En vano pidió la protección de los dioses.

Sobre el altar de Afrodita humearon inútilmente las más valiosas ofrendas votivas.

Creyéndole muerto, le mandó hacer fastuosos funerales, y cientos de plañideras se desgañitaron en torno de un túmulo, digno por su riqueza y su grandiosidad, de encerrar las cenizas de Mausoleo.

Al fin tuvo que buscar en el aturdimiento de los festines el olvido momentáneo de su dolor.

Sus flancos ágiles y robustos soportaron el ímpetu de millares de machos vigorosos. Atenienses de rostro de niños; latinos que palidecían entre

sus brazos, hombres rubios del Norte, cuyo abrazo supremo le hacía crujir los huesos, y marineros que la descoyuntaban queriendo saciar en unas cuantas horas las forzosas abstinencias de las largas travesías.

Era, sin duda, la más bella mujer de Atenas.

Los que la habían poseído la comparaban a Afrodita, y no volvían a envidiar a Anquises, amante de la diosa.

Los mercaderes asiáticos abandonaban en sus manos las púrpuras más bellas y las gemas más preciosas. Y delante del umbral de su casa ardieron constantemente dos braseros de incienso.

Un día, ciega, bajó a la ergástula y se entregó a todos los esclavos.

Cuando la dejaron exánime, rendida sobre el pavimento, los mandó arrojar vivos a las piscinas para alimentar a sus morenas.

El recuerdo de Dyonisios la enloquecía.

Lo llevaba grabado a fuego en su carne y en su alma.

Lo veía en sueños, reconociéndole en el ardor insaciable de sus caricias, en la languidez extenuante de sus besos febriles.

Y muchas noches despertó entre los brazos de

sus amantes de unas horas, llamándole con los más dulces nombres.

Era una obsesión perpetua de su carne y de su alma, que le hacía a veces recluirse en el silencio de su cámara, para entregarse a su recuerdo en el sueño con la misma impetuosa vehemencia con que se había entregado a sus lujurias en la realidad.

Y surgía de estas soledades aún más extenuada y ojerosa que después de varias noches de orgía.

En vano los espejos de plata bruñida que le presentaban diariamente sus esclavas al vestirla, le hacían ver los estragos que aquel duro amor inexorable iba dejando en su rostro y en su cuerpo.

Aquella inmolación de su propia belleza le parecía aún poco en holocausto del desaparecido.

Entre todos los hombres que la frecuentaron, no encontró uno solo digno de suplantarle.

Los hallaba o demasiado débiles o brutalmente groseros, incapaces por lo tanto de apagar la sed infinita de amores que le consumía.

En vano apuró los más extraños filtros preparados por viejas Circes.

Las palabras de Dyonisios le perseguían aun en

medio de los aturdimientos del placer, irritándola y exasperándola como un enjambre de abejas coléricas y hostigadas.

El eco de aquella voz inefable le sentía correr por sus venas, dilatándose a través de su sangre y abrasándola toda en un anhelo imposible.

Los rosales del jardín se marchitaron y volvieron a florecer tres años seguidos sobre su dolor.

Y el cristal de las fuentes tembló bajo la amargura de sus lágrimas.

Fué a consultar con una hechicera de Tesalia.

Aquel antro removido y húmedo, como una tumba recién abierta, heló su sangre, paralizando todos sus miembros en un estupor de hielo.

En el fondo, al resplandor sangriento y humeante de cuatro teas de resina, el cuerpo sarmentoso de la vieja se retorció en las torturadas espirales de su locura epiléptica.

La boca desdentada contraía en el furor de las imprecaciones, y su mano esquelética trazaba extraños signos con un caduceo al que se enroscaban dos negas serpientes.

Sobre un trípode de barro se consumían, chirriando, entre las ascuas mortecinas, las entrañas de un cuervo.

Un hedor punzante y grasiento a vísceras quemadas adensaba la pesadez del aire.

En la obscuridad agorera aleteaban sombras de murciélagos y relucían, a veces, como carbunclos las pupilas fatídicas de los buhos.

Lais sentíase temblar de pavor hasta en la raíz de los cabellos.

La vieja continuaba descoyuntándose en el vértigo de una danza macabra, lanzando de vez en cuando guturales palabras incoherentes.

De súbito quedóse inmóvil, recostada sobre el muro del fondo.

Las dos serpientes, desenrollándose del caduceo, se enroscaron en sus brazos, alargando las achata-das cabezas hasta introducir sus lenguas triangulares en los oídos de la hechicera.

Una ráfaga de viento apagó las teas, aventando las cenizas del trípode.

Y una voz sobrehumana resonó en la obscuridad.

Parecía la voz de la sombra misma:

—Dyonisios vive. Le veo a lo lejos, de rodillas sobre un alto peñasco, orando a un Dios que no es nuestro...

Lais no pudo saber más. Pero fué lo bastante

para que una terca esperanza llenase de inquietud y de impaciencia sus horas.

Poco después, un esclavo judío aseguró haber oído el nombre de su señor en un agape de cristianos.

Entonces Lais comisionó a dos siervos para que indagasen su paradero, ávida de arrancarle de manos de aquellos hombres torvos que, a decir del vulgo, profanaban las sepulturas, violaban las estatuas de los dioses y celebraban monstruosos festines nocturnos, inmolando niños y doncellas para aplacar con su sangre inocente las terribles cóleras de su Dios implacable...

De pronto resonó en el jardín un tumulto de voces y de pasos precipitados. Y abriéndose camino a través de los rosales, dos esclavos cayeron de rodillas a los pies de Lais, agitando en sus manos el ramo de oliva de las buenas nuevas.

—¡Alégrate, hija de Venus! Dyonisios vive. Las Parcas tejen aún su vida. Un penitente cristiano, a quien hallamos orando, al salir el sol, en la falda de un monte, nos dió noticias suyas. En el fondo de un valle, entre matorrales agrestes, hace tres años que vive recluso un solitario, cuyas señas coinciden con las de nuestro señor.

Lais no quiso saber más.

En la exaltación plena de su alegría, estuvo a punto de echarse en brazos de los siervos.

Se alzó rápidamente; más doblada por lo intenso de aquella emoción inesperada, perdió las fuerzas y tuvo que apoyarse, para no caer, en el rugoso tronco del rosal centenario. Y así, desnuda, bajo la luz gloriosa, semejaba una floreal estatua de Venus, cincelada en mármol rosa por el capricho de algún escultor insigne, que quiso ponerla como custodia del arbusto consagrado a su culto.

Algunos pétalos, agostados por el sol, descendieron sobre ella, enredándose en el oro enmarañado de sus cabellos.

Sobre el tritón de púrpura de la fuente, un pavo real, extendiendo las sedas tornasoles de su cauda, atronó el silencio con la salvaje estridencia de sus alaridos. Enmudecieron asustadas las cigarras, y hubo un momento en que sólo se sintió el palpitante del silencio en los temblores de las aguas y en el estremecimiento cálido de la brisa.

Sobre la frente de Lais revoloteó una paloma, como si la trajese un mensaje de la Diosa.

Lais, sonriente, crédula del augurio, la vió alejarse en el azul, siguiendo con los ojos las sombras que su vuelo proyectaba sobre los rosales.

X

Al atardecer del día siguiente, Lais salió de Atenas acompañada de sus esclavos.

Caminó toda la noche por agrestes senderos.

Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas, entre nubes de polvo.

A veces, turbando el rumor melancólico de las esquilas, resonaban los ladridos de los perros, que, en un claro del bosque, ladraban a la luna.

En torno de las hogueras llameantes, los pastores danzaban al son de los pífanos. Y el eco pastoril de sus canciones se perdía vibrando en las oquedades de los montes y en el mar rumoroso de las selvas taciturnas.

Al amanecer, cuando aún no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente.

Iba vestida con sus mejores galas, ungida y perfumada como para un desposorio.

En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro esmaltadas de piedras preciosas.

A sus brazos y a sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería.

Un velo tan sutil como el aire envolvía en una nube azulada las rosas pálidas de su carne.

Esclavos coronados de pámpanos, pendientes de los hombros pieles de pantera, la seguían, agitando sus tirso florecientes, cuyas piñas de oro describían en el aire augurales parábolas de luz.

La tortuga de Apolo exhalaba la dulzura de sus evocaciones, a las caricias sabias de móviles dedos expertos. Y el alma de Pan resucitaba hecha armonía en los registros de las flautas, bajo el aliento cálido de las flautistas.

Dyonisios, de rodillas, con los brazos abiertos y las pupilas fijas en el cielo, clamaba con voz tan apagada, que parecía venir de las profundidades de un sueño:

—¡Misericordia, señor, misericordia para este pobre pecador!

Su rostro demacrado ardía en el fervor de la

súplica, pidiendo protección al cielo contra aquellas apariciones monstruosas que se reían de su piedad, aullando de noche en la soledad de su retiro, como hienas famélicas en torno de un cadáver.

¡Lais, siempre Lais! Todos aquellos monstruos tenían algo suyo. Bajo sus pieles de bestia, transparecían las carnes amadas; y los ojos, todos los ojos diabólicos que le cercaban, fosforecían al mirarle, como aquellos que tantas veces había cerrado con sus besos.

Cuando más profundo era su recogimiento, cuando ya casi presentía el soplo del espíritu del Señor, una carcajada sardónica se escapaba de su garganta, como si dentro de él todos los engendros del Mal gozaran martirizándole.

Y su cuerpo entero se estremecía, y el arco de su voluntad temblaba, próximo a romperse, bajo el impulso de aquella risa.

Y un imperioso deseo de huir le arrebatava, de abandonar aquella vida, sintiéndose incapaz de resistir por más tiempo el martirio inaudito de sus flagelaciones y de sus recogimientos.

Entonces parecía que en el aire se abrían bocas para besarle, labios cuyo aliento le erizaba los ca-

bellos, quemándole, envolviéndole en caricias de fuego.

Los brazos de Lais los sentía tenderse a su cuello, desde profundidades desconocidas; y en su carne resucitaban los antiguos ímpetus, y el encorvamiento de su torso era tan violento que hacía pensar en los esfuerzos de los novillos bravíos al ser uncidos por primera vez al yugo.

Pero su espíritu se sublevaba de nuevo contra la tentación, forcejeando con su propia carne, con tal energía, que recordaba los salvajes pugilatos de los primitivos atletas.

El esfuerzo era tan doloroso, que hasta sentía crujir descoyuntando su cuerpo y estallar la sangre en las venas congestionadas.

Su fervor no admitía tregua. El Enemigo espía-
ba sus más pequeños movimientos para apoderarse de su alma y torturarla.

Lais se aproximó queda y lentamente.

Sus senos palpitaban; sangre de amor encendía las mejillas, y sus pies, al posarse temerosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas danzaban sobre pieles de pantera, entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno a Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

Dyonisios tembló de espanto, y sin volver la cara, apretando los ojos y los dientes, en un esfuerzo supremo de voluntad, como queriendo ahogar en la exaltación de sus palabras la tentación de aquella música, salmodió desesperadamente:

—¡Misericordia, Señor, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron a su cuello.

—¡Salve, Salve, Afrodita, hija de los mares, alma del mundo!—cantaban las voces femeninas en su júbilo triunfal, a compás de las liras y de las flautas.

Y la dulzura cristalina de su acento se perdía volando en el cielo sereno, con el primer cántico de las alondras.

—¡Salve, Salve, Afrodita, madre de Eros, corazón del Olimpo!—contestaban los hombres en un crescendo sonoro, golpeando frenéticos el cuero tirante de los panderos y agitando violentamente los tirsos cargados de dones.

Dyonisios se volvió lívido, con los ojos desencajados, en la locura de aquella aparición más precisa, más real que todas las visiones que antes le perturbaran.

Por su faz corría un sudor de palideces mortales.

En el temblor de sus brazos y en los estremecimientos convulsivos de todos sus miembros, se retorció el más espantoso y cobarde de los terrores.

Rechazó a Lais bruscamente, en un arranque de fiera acorralada por la jauría. Y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que se levantaba y corría hacia él, suplicante y amorosa, con los brazos tendidos y los ojos húmedos de lágrimas, se arrojó en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte como para iluminar un misterio.

Las flautas enmudecieron de repente, y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas se detuvo temblando.

La naturaleza entera se sobrecogía ante el estupor del milagro:

Lais cayó de rodillas, inclinándose en un humilde gesto de adoración, hasta besar la tierra.

De las manos aterrorizadas de los esclavos, se escaparon los tirsos...

Las zarzas donde el penitente se revolcaba se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían lentamente a los sonos de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo.

RESURRECCIÓN

NOVELA

I

Envueltos en la poesía suave y melancólica de un atardecer primaveral, se encontraron de improviso, al descender un escarpado sendero, frente al enigma azul y polifónico del mar latino.

Ninguno de los dos había olvidado la lejana y juvenil comunión de sus almas, aquellos luminosos y plácidos momentos en que la felicidad pareció querer cobijarles bajo la fugitiva caricia de sus alas trémulas, en el encanto imborrable de un beso rápido, dado a hurtadillas, a la sombra fresca y protectora de los sauces que encauzan el río, o en las fragancias de los recodos floridos de rosas y de jazmines, que sombrean la blancura geórgica del molino.

¡Bellas horas de amor y de confidencias, de ensueños desmesurados y de nobles ambiciones, que dejaron en el fondo de sus almas, al desaparecer

para siempre, disipadas por las vicisitudes de la vida, una nostalgia de infinito, un ansia de ternura y una sed insaciable de ideal!

Ambos, al encontrarse de nuevo, se detuvieron, profundamente turbados, como ante el milagro de una aparición, y sus manos se estremecieron convulsas, al estrecharse cordialmente, como si en ellas resucitase, más vivo aún, todo el ardor de las antiguas despedidas.

Octavio, inclinándose galantemente, murmuró, casi al oído de Silvia, aterciopelando sus palabras con una dulzura y una suavidad que a él mismo le parecieron extrañas:

—Jamás pensé volver a contemplarte, embelleciendo con tu presencia la soledad augusta de estas remotas playas. Aun dudo si eres en realidad una bella criatura humana, desbordante de juventud y de belleza, o el fantasma de un recuerdo que en estos melancólicos lugares, a la evocación de mi deseo frenético y vivificador, surge de no sé qué confusas y divinas lejanías del olvido.

Y devorándola con los ojos, escudriñando, hasta en lo más profundo de las suaves pupilas amadas, la impresión que le producía aquel encuentro fortuito, permaneció un instante, mudo e inmóvil,

petrificado en mitad del sendero, como temeroso de que una palabra, o un gesto, pudiesen disipar imprudentemente el encanto alado de aquella aparición frágil y tímida, disolviendo la armonía celestial de su belleza en la bruma vaga y temblorosa que humeaba, como un holocausto, del fondo del acantilado, al choque espumoso y glauco de las olas contra la aspereza indómita de los roquedos.

Y Silvia, con la voz débil, desfalleciente, en un suspiro trémulo de confianza fraterna, empezó a relatar la larga y lamentable historia de su vida: un doloroso y resignado poema de vulgaridades y de miseria cotidianas.

Inconsecuencias de la fortuna: un viaje precipitado a las costas cantábricas; y allá, en las sombrías y frías soledades de un viejo caserón de la montaña, la muerte de la madre, en una noche oscura de tempestad, mientras el viento aullaba en los robledales, haciendo estremecer siniestramente las ventanas desvencijadas y las puertas carcomidas de su solar en ruinas...

Y ella misma, víctima de una penosa enfermedad del pecho, que le hacía más pesada aún la desgracia de su orfandad...

Todo el gris frío y sucio de aquellos cielos parecía ensombrecer su alma, escalofriando a veces su cuerpo con un presentimiento de muerte cercana.

Los médicos le habían enviado a aquellas playas serenas y claras del mediodía, donde transcurrieron las horas más bellas y alegres de su adolescencia, para que se restableciera...

—Y aquí me tienes otra vez, esperando que la vida sana, y el calor de esta tierra fecunda, devuelvan a mi alma y a mi cuerpo la animación y la salud que ha perdido. Mis ojos necesitan el deslumbramiento de este sol, y mis pulmones el aire cálido de estos valles...

—¿Y no recuerdas?...—se atrevió a susurrar Octavio.

Pero Silvia, grave y serena, haciendo un gesto de silencio y de renunciación, le interrumpió, con una dulzura melancólica:

—¡Paz a los muertos!

Prosiguió sencillamente su camino, sin una palabra, sin una mirada donde aun palpitase la antigua conmoción, esfumándose en el encanto romántico de la hora, con la suavidad de una visión apenas entrevista en sueños.

II

Octavio se quedó pensativo, viéndola alejarse, impresionado de pronto, violentamente, por el recuerdo de aquel amor lejano que surgió florido y exuberante como una primavera tropical, para morir después en la fatiga y el cansancio de la ausencia prolongada, dejándole sólo una vaga nostalgia melancólica, una saudade vaporosa y dulce de labios frescos, de ojos claros y de manos de seda,

El, en sus luchas diarias con la naturaleza, permaneció siempre ardiente y entusiasta, vigilando con tenacidad sus fuerzas y sus armas, pronto a la conquista de nuevas metas ideales, enloquecido por la embriaguez del triunfo...

Y aquel casto y puro madrigal de su adolescen-

cia, se fué olvidando ante la sonoridad estruendosa de su epopeya de gloria.

Silvia, en cambio, había salido de sus combates con el dolor, con el alma atemorizada y el cuerpo enfermo, dominada sólo por dos deseos vivísimos y contradictorios, paralelamente fuertes y tenaces.

Poder vivir, librarse de la muerte, cuya guadaña sentía a veces helar de espanto su cuello, pero vivir sola con sus recuerdos, haciendo de ellos su único culto, abandonada de todos y de todo, sin anhelar una caricia o un beso, dedicada íntegramente a la contemplación dolorosa de todas las cosas lejanas y dispersas de su vida.

Hacia del dolor su única y suprema aspiración.

Sólo de vez en cuando un hálito fragante de deseo la agitaba, estremeciéndola hasta en sus vísceras más ocultas, mostrándole todo el mal y toda la gris monotonía de aquella existencia sin ideales.

Y ante su vista turbia y fatigada, aparecían entonces, con deslumbramientos de relámpago, los espléndidos y mágicos panoramas de su paraíso perdido, los encantados jardines de Armida, a los cuales debía aspirar de nuevo como a una liberación suprema.

Mas estos espejismos duraban bien poco, volviendo a caer de nuevo en el silencio grave y triste, en la aridez eterna y desolada de sus mudos desiertos espirituales...

¿Quién podría coronar de nuevo, con las más fragantes guirnaldas de la esperanza, el mármol mutilado y estéril de su vida sin objeto?

¿Qué mano podría conducirla otra vez hasta los umbrales de una felicidad imposible?

¿Qué voz resucitaría milagrosamente, en el sepulcro de su corazón, al amor muerto?

Octavio comprendió la infinita amargura de aquella pobre juventud, tan amada por él en otros tiempos y que aun hoy deseaba como una promesa incumplida.

Mas, ¿cómo hacerse entender?

¿Cómo atraerla de nuevo al encanto de la vida?

¿Tendría aun las fuerzas necesarias para arrancarla de la obscuridad y el silencio en que se asfixiaba, y mostrarla nuevamente a la plena belleza de las cosas?

De su corta entrevista a orillas del mar, él había sacado una convicción cruel y dolorosa, que le martirizaba, despertando en su corazón todas las hidras venenosas y voraces del remordimiento.

Silvia permanecía indiferente a todo.

Nada le impresionaba. Ni la poesía del mar, ni la grandeza de los altos montes nevados, ni el encanto de las colinas en cuyas faldas florecían, nupcialmente, las fugitivas blancuras de los almendros y de los naranjos.

Al contrario, le había dicho, con una voz muerta a toda esperanza, que aquel espectáculo maravilloso le fatigaba.

Y no era mezquindad de ánimo, no.

Su espíritu estuvo siempre abierto de par en par a la contemplación de todas las cosas grandes y nobles de la tierra y de los cielos.

¿Por qué ahora esta desilusión?

¿Quién había tronchado brutalmente las alas esplendorosas de aquel espíritu ávido de luz, para sumirlo para siempre en la ceguera y en el silencio de la nada?

Y al contemplar sus manos, a los últimos reflejos del sol poniente, sintió de súbito un profundo y violento horror de sí mismo, como si estuviesen teñidas aún por la sangre de algún crimen lejano e irredimido.

Y así, las dos almas sufrían silenciosamente, recelosas y cansadas, y sin embargo, anhelantes de

desbordarse de amor en la copa infinita de la vida.

La primavera surgía en una exuberancia de flores, de luces, de perfumes y de estremecimientos vitales. El aire tenía calideces de nido y las ondas arrullos de tórtola encelada.

Ellos, con el oído atento, parecían esperar la divina palabra renovadora, a cuyo són, los desiertos de su alma florecerían en un nuevo y divino milagro de amor.

III

Todas las tardes, a la misma hora, volvían a encontrarse, tácitamente, en aquellos mismos lugares, como arrastrados por una fuerza oculta y poderosa, superior a todo el esfuerzo doloroso de sus voluntades exaltadas.

¿Qué nuevas y maravillosas sirenas les atraían, con la fascinación suave y sonora de sus cánticos sobrehumanos, hacia la orilla apartada y remota de aquel mar eternamente azul y eternamente cambiante, como la viva paradoja de sus almas inquietas y serenas a un mismo tiempo?

¿Qué desenterrados y deslumbrantes tesoros de maravilla buscaban todos los días, en el recogimiento casi místico de aquellos parajes solitarios, donde hasta las aves marinas y los barcos de pes-

ca, pasaban a lo lejos, de largo, como respetando la solemne quietud de aquel remanso de paz inefable, de aquel rincón de ensueño, hecho a posta para el éxtasis supremo de las más íntimas confidencias y de las más silenciosas contemplaciones?

Las mismas olas parecían amortiguar sus rumores, idealizándolos en una suavidad de sedas que se rasgan, al besar con la plata flúida y trémula de sus espumas frágiles las arenas de oro, que el crepúsculo enjoyaba con sus más profusas y ricas pedrerías.

Antes que declinase el sol, estuviesen donde estuviesen, sentían la necesidad imprescindible y tirana, el anhelo irrefrenable de dirigir sus pasos, como en una santa y piadosa romería, a aquel sendero marino y oculto a toda mirada indiscreta, donde habían vuelto a encontrarse después de tantos años de ausencia.

Ei abandonaba sus libros o sus bocetos, en el amplio estudio abierto al milagro de la luz y al perfume salobre del mar; ella dejaba, sobre la mesita de laca, colocada frente al mirador, desde donde sus pupilas se extasiaban ante los fértiles y pródigos panoramas del valle, los encajes de la labor recién comenzada.

Se encontraban siempre en lo alto de la senda. Descendían lentamente hasta la playa, y allí, sentados, al amparo de unas rocas, conversaban con familiaridades infantiles.

Pero sus almas, sus pobres almas tenaces y crueles por tantas fatigas y sufrimientos como las habían trabajado y endurecido, no dejaban transparentar, ni por un momento, en sus palabras o en sus gestos, la voracidad del incendio interior que las consumía, devorándolas hasta en sus más ocultas raíces.

Hablaban siempre de cosas indiferentes o lejanas: de las próximas cosechas; del estado floreciente de sus cortijos de la sierra y de sus haciendas del valle; de los ganados que pastoreaban en las fértiles riberas del río; de la paz y el sosiego de aquel pueblecillo de labriegos y de pescadores...

A veces evocaban las épocas remotas y felices de su infancia, cuando correteaban, bajo la vigilancia materna, por los senderos del soto, o entre los laberintos del jardín, buscando nidos o cazando mariposas.

El, la narraba, a media voz, sus grandes amarguras de luchador infatigable, sus gloriosos esfuerzos por domar las rebeldías tenaces de la pie-

dra, para infundir alma eterna a la materia perecedera e inerte, siempre solo en su estudio, allá en la ciudad amarilla y febril, lejos de la naturaleza, empeñado en crearla a fuerza de cincel y de martillo.

Ella le conmovía con el relato gris y nebuloso de sus horas de orfandad, vacías de todo afecto, encerrada como una reclusa en la vieja casona solariega, sin más cuidados que las mercenarias atenciones de una antigua criada.

Mas los dos evitaban cuidadosamente hablar de su adolescencia, sobre todo de aquellos días en los que en el silencio nocturno, bajo la blanca comunión de la luna, se juraron amor eterno, a través de las rejas floridas de nardos y de jazmines, mientras los ruiseñores desfallecían en un trino de cristal en los granados y en los naranjos de los huertos.

Sólo en las pausas de sus diálogos se les veía temblar, agitarse, como estremecidos por un deseo ardiente e impetuoso...

En las comisuras de sus labios contraídos, parecían aletear las confesiones de sus almas, próximas a entregarse, a confundirse, en un abandono de sinceridad salvadora.

Pero al romperse de nuevo el silencio, tornaban a recuperar su marmórea inalterabilidad de esfinges, como avergonzados o temerosos de que, por un solo instante, la una pudiese leer en el fondo de la otra la palpitante impaciencia, el ansia desenfrenada de rendirse, de humillarse otra vez bajo la dulce tiranía de aquel amor milagroso, que como el fénix de la leyenda, renacía más fuerte y más bello de sus propias cenizas.

Sus vidas estaban como petrificadas en el recuerdo claro y luminoso de su adolescencia, y todas las amarguras del presente y todas las desgracias que pudiera encerrar su destino futuro, no les interesaban.

Y así, sin querer, en el naufragio vulgar y sórdido de sus existencias desencauzadas, tendían el uno hacia el otro, fatalmente, persiguiéndose y esquivándose, en el esfuerzo inaudito de su esperanza desesperada.

IV

Poco a poco fueron sintiendo la necesidad imperiosa de prolongar aquellas entrevistas, de verse más a menudo, para desahogar, aunque sólo fuera en la charla banal y frívola de sus conversaciones cotidianas, la tormentosa inquietud que agitaba sus corazones.

Ya no les bastaban aquellas confidencias crepusculares, en el recogimiento de la marina, sino que procuraban encontrarse también, por las mañanas, al tornar de misa, en las frondosas alamedas que prestaban sombra al molino; y a veces, Octavio, con gran escándalo de los corros de comadres que cuchicheaban en torno de la fuente, y de las graves tertulias que entretenían sus ocios en la puerta de la farmacia, penetraba, aprove-

chando cualquier pretexto, en la vieja casona de Silvia, enclavada con sus fuertes torres y sus mullones de ladrillo, como una fortaleza, en uno de los extremos de la plaza.

Y allí, en aquellos amplios salones, ennoblecidos por los años, tapizados de azul pálido, con sus estrados de damasco rojo y sus grandes consolas doradas y sus cornucopias y miniaturas del siglo XVIII, revivían, en el silencio conventual de las horas, las pasadas alegrías de sus adolescencias.

Cada rincón, cada mueble, los evocaba un antiguo episodio de aquel amor que fué el glorioso y vehemente despertar de sus corazones al encanto exaltador y fecundo de la vida.

Detrás de aquel biombo de seda carmesí, en cuyo fondo de brasas aleteaba triunfalmente un fúlgido bando de cigüeñas de oro, al final de una velada de invierno, mientras sus familias se despedían en torno del hogar, él, todo pálido, con la voz balbuciente y los ojos bajos, temblando de emoción, interrogó por vez primera, con la más divina de las interrogaciones, a la ansiedad de Silvia, y la palabra amor, la santa palabra misteriosa que le hacía desvelar y enrojecer, en sus largas noches de soledad y de fiebre, se escapó

por fin, temerosamente, como un leve suspiro, de la virginidad fresca y roja de sus labios.

Al lado de aquel piano, una tarde de soledad y de abandono, ella le confesó también su amor, en una lágrima furtiva, mientras sus manos suavemente acariciaban los viejos marfiles del teclado, y la lluvia resbalaba, en un desgazamiento de perlas, sobre los altos cristales de la vidriera emplomada...

Allá, en el descanso de la escalera que descien- de hasta el patio, a la luz medrosa y vacilante de la lámpara que ilumina la imagen milagrosa de la Virgen de los Remedios, las manos de los aman- tes, en un apretón que les hizo vacilar y estre- mecerse hasta en lo más profundo de sus entra- ñas, se estrecharon por vez primera...

Y en aquel esbelto mirador de mármol, que cu- bierto de jazmines y de pasionarias, se abre sobre el florido mirage del valle, en la penumbra viole- ta de un crepúsculo de estío, mientras las cam- panas saludaban al Angelus y la luna naciente es- polvoreaba de plata las cumbres lejanas del mon- te, sus labios probaron, en una absorción lenta y voraz de alma y de cuerpo, la embriaguez desbor- dante y única del beso...

Y ahora, recordando todas aquellas dulzuras perdidas, permanecían largos ratos sentados el uno frente al otro, ajenos al presente, en un silencio tácito, apenas interrumpido por el latir ansioso, y casi sollozante, de sus pechos oprimidos. .

En la tribulación de sus almas sólo una palabra podía redimirlos, devolverles de nuevo todas las fuerzas y las alegrías de la vida y hacer florecer, en el sepulcro de sus corarones, la divina ilusión de la esperanza.

Pero sus labios tenaces y duros se negaron a pronunciarla.

Pasaban horas enteras en grandes pausas de silencio sin tener ni el valor de mirarse, como temiendo que pudieran leerse en sus ojos la divina palabra que se negaban obstinadamente a articular sus labios.

Una noche, casualmente, en las penumbras del salón, sus manos, al gesticular, se enlazaron... Silvia dejó escapar un leve sollozo entre la sombra...

—¿Qué te pasa?—suspiró Octavio, aproximándose a la desfalleciente y envolviéndola en los cálidos efluvios de su aliento de fuego...

Y en el trémulo acento de su voz, había como

la promesa de una revelación próxima a cumplirse...

El silencio fué a abrir sus labios; una claridad de aurora pareció querer rasgar las tinieblas...

Pero todo volvió a sumirse en un anonadamiento infinito...

Silvia se alzó de repente, y tambaleándose como si estuviese ebria, ordenó a la vieja criada que encendiese las luces de las arandelas antiguas, que lloraban, sobre las vejeces descoloridas del salón, sus largas y oscilantes lágrimas de cristal y oro...

V

Silvia regresa de pasear la irritabilidad de sus nervios por las praderas verdeantes de tomillos, y vuelve con aromas campestres en los volantes de la falda y una calma sangrienta en los pedazos de su corazón, desgarrado por nuevas ansias y por nuevos anhelos.

La primavera empezaba a despuntar en su alma, y sentía el temor y la angustia que hace estremecer a los árboles al sentir la inquietud de los brotes tiernos próximos al milagro del florecimiento

Se sentó fatigada sobre la fina y olorosa hierba que crece junto a los viejos y ennegrecidos muros de una casita abandonada en el silencio y en la soledad campestres.

Su cabeza, un poco fría en las sienes, se alzó,

en un gesto desesperado y mudo de súplica ardiente, a aquel rincón del cielo donde los últimos, rayos del sol poniente envolvían en vivos reflejos de oro cálido todo un mundo confuso y embrionario de cosas empalidecidas bajo los soplos postremos de su luz moribunda.

Y permaneció allí, inmóvil, con las manos caídas a lo largo de las rodillas, y los ojos siempre fijos en una pequeña estrella que chispeaba, como una lágrima de plata, más allá del tembloroso azul del infinito...

¿Podría, por fin, su ansiedad de virgen impaciente arrancarla de aquel manto de Purísima, para colocarla, como un emblema divino, sobre la marmórea palidez de su frente?... ¿Podría aún su pobre alma de reclusa romper las prisiones donde se marchitaba, y volar libre, por los espacios sin límites, como aquellas aves que se perseguían y se remontaban por los cielos serenos?...

¿Habría llegado el momento propicio para poder recoger en sus manos anhelantes las delicias y los encantos de una nueva ilusión?...

Sentía su corazón desbordante de dulzuras como un panal.

Su misma carne tenía turgencias de poma madu-

ra que empieza a entreabrirse, para ofrecer su miel al caminante... Y se alzó pálida, extenuada, de aquel descanso agreste... Y al andar, tuvo que apoyarse en el tronco de un almendro florido, porque sus plantas se negaban a sostenerla...

Y allí, reclinada sobre la corteza rugosa del árbol, dejó correr sus lágrimas, en un llanto suave y lento...

Y es que sintió, al oprimir con sus manos ávidas las turbulencias de su seno, latir entre ellas, como un pájaro estremecido, su viejo amor, aquel amor que había sido la única y suprema aspiración de su vida...

VI

Sentía un ansia instintiva de estar sola, de interrogar a su alma, en el silencio y en la soledad de su alcoba. En la gran cocina, la gente de la casa reía a plena garganta en torno de un perro flaco y lanoso, que pirueteaba junto a la amplia chimenea campesina.

Nadie advirtió su presencia, y a tientas llegó en medio de la sala, en cuyo fondo le atraía un espejo con sus ambiguos encantamientos de plata.

Encendió una bujía, y colocándola sobre una vieja consola, dentro de un alto candelabro de plata oxidada, se aproximó, en un impulso de curiosidad irrefrenable.

Mas, de súbito, una misteriosa realidad le obligó a retroceder...

¿Qué secreta y extraña coquetería le había impulsado, en aquella tarde, a apretarse el corsé, a vestirse un claro y vaporoso traje, casi nupcial, y prenderse en el escote y en los cabellos manojos de flores blancas, como si fuese una novia que se encaminaba al altar?...

Largo tiempo contempló avaramente su peinado caprichoso, su pie calzado finamente, su talle esbelto al cual se anudaba una cinta de terciopelo, y sus manos largas, finas y aristocráticas, en cuyos dedos, de una blancura eucarística sangraba, con toda la violencia de un deseo, el rojo húmedo y vivo de un rubí de Oriente.

Y triste, con la tristeza que le causaba la admiración de aquella su belleza inútil y estéril, con los ojos a medio cerrar y los labios ligeramente contraídos, ensayó una sonrisa, quizás un poco helada, quizás un poco ardiente...

Estaba tan cerca del espejo, que sin darse cuenta, su aliento se extendía sobre la limpidez del cristal como un velo de ilusiones.

Y detrás, y detrás de ese cristal obscurecido, vió borrarse lentamente su figura blanca, huir, esfumarse, no quedando más que un perfil lejano y vago.

Algo invisible le besaba, con largos y audaces besos de fuego, la tersura ebúrnea de su frente infantil.

Algo impreciso enlazaba con anillos de hielo la virginidad pletórica de su cuerpo...

Un miedo extraño de ella misma la invadió, y locamente, furtivamente, corrió como un fantasma al campo silencioso donde la luna esparcía ya, como una promesa, la dulcedumbre de su luz de plata...

Una ancha nube se extendía en medio del azul, semejante a las ramas gigantescas de un árbol ciclópeo sombrando maternalmente los ensueños de un lago tranquilo.

Silvia se detuvo un momento, asustada ante la espantosa serenidad de la Naturaleza.

Mas de repente, todo su frágil cuerpo se estremeció temblando con violentas sacudidas; de sus labios crispados se escapó un grito de dolor, que saltando sobre la noche de la tierra, subió a hundirse en el día del cielo...

Y entonces, sus dedos nerviosos y finos, azuzados por insólitas inquietudes, buscaron rabiosamente alguna cosa que desgarrar: las cuerdas de un arpa, de un alma acaso...

Y sus dedos no encontraron más que las flores blancas que adornaban nupcialmente sus cabellos y su escote...

Y lentos, lentos, con una lentitud martirizante y enfermiza, las fueron deshaciendo...

Y los albos y puros pétalos destrozados vuelan sobre su falda, y van a caer sobre la hierba, que en el silencio nocturno parece estremecerse en la angustia de una amargura ignota...

VII

Florece Abril en los rosales de los jardines, en los naranjos y en los granados de los huertos y en los almendros de las laderas.

Las nuevas golondrinas trinaban sobre los alambres de los parrales verdeantes, en torno de los caseríos encalados, como vestidos de fiesta para celebrar la primavera.

En las alamedas del molino, entre la melodía alada y fresca de las aguas de los remansos, los ruiseñores, ebrios de azul y de sol, entonaban, con sus voces de cristal y de plata la más sonora y suave epifanía de la vida.

De la tierra descendían los aromas campestres del romero y del tomillo; un perfume penetrante y tibio de azucenas, albahaca y nardos silvestres as-

cendía de las huertas y de los sembrados, y el olor áspero y salino del mar saturaba las brisas.

La iglesia católica, con toda la pompa pagana de sus liturgias, celebraba, en aquella gloriosa mañana de Abril, la fiesta de las Palmas.

Silvia y Octavio se encontraron, como impulsados por una mágica coincidencia de sus deseos, en el lugar de su primera entrevista.

Aquel día se habían levantado alegres y exuberantes de entusiasmo como nunca.

Sus ojos y sus labios parecían sonreír a un ensueño, una esperanza que venía en camino por aquellas sendas olorosas a flores y calientes de nidos...

—Mira, Silvia, cómo hoy está azul el mar y cómo el sol resplandece sereno.

Y el joven, sonriendo suavemente, le indicó con el brazo la glauca e infinita superficie de las aguas, que una leve brisa rizaba de plata y de oro.

—¿No te parece—prosiguió en voz más baja, agitando en la transparencia del aire la esperanza viva y radiante de un ramo de oliva—que hay una perfecta y plena armonía entre todas las cosas exteriores, el sentimiento místico de esta fiesta, la exactitud de la hora y todo lo que sienten o debieran sentir nuestros corazones?

Silvia pareció asentir con un leve movimiento de cabeza, y continuó a su lado, mirándole febrilmente, con sus grandes ojos negros, que parecían rasgarse en la contemplación de algo vorazmente deseado y jamás conseguido.

El silencio fué breve; casi un parpadeo.

—Tú—exclamó Octavio, sosteniendo la mirada de ella con la acerada fijeza de sus pupilas dominadoras—, tú estás ya bien. Tus mejillas se encienden con todas las púrpuras de la salud, y hay en tus ojos y en tus labios una como resurrección de la vida. La primavera te ha curado.

—Tienes razón. Todo este verde, todo este azul, y tanta luz y tantas flores, me han restablecido. Parece que un alma nueva anima mi cuerpo...

—Te olvidaste del mar... ¿No te parece hoy más bello que nunca?

La joven enrojeció súbitamente, murmurando *sotto voce*, en un estremecimiento de todo su ser, como si estuviesen próximas a estallar sus alas:

—¡Sí!

—El mar es la poesía más bella, la más fuerte, la que más se asemeja a la de nuestras almas, la que más llena nuestros corazones... Es cambiante, voraz, inquieto, arrullador y sereno... Tiene el en-

canto único y maravilloso de lo que siempre cambia sin dejar de ser lo mismo; de lo que se renueva y resucita constantemente... ¿Lo entiendes tú así, Silvia?

—Hoy sí... Acaso porque la fiesta de las Palmas siempre me conmovió profundamente.

Y en su voz había algo que procuraba escapar, huir a la sinceridad de su alma...

Octavio se quedó pálido, humillado en todas sus aspiraciones...

Esperaba otra respuesta, más en armonía con el sentido oculto de sus palabras.

La miró obstinadamente, queriendo profundizar hasta en lo más hondo de su espíritu, penetrarla del fuego que le consumía, del deseo violento y ya irrefrenable de hacerla sentir la antigua conmoción...

Y casi al oído se atrevió a susurrar, en una lentitud desesperada, mordiendo las frases:

—¿Sólo por esto?

Silvia no pudo sostener la mirada, ni escuchar tranquila la mordacidad de aquel acento que penetraba como un estilete, esgrimido por una mano cruel y sabia, hasta lo más recóndito de sus entrañas...

Abatida, sin fuerzas ya, bajó la cabeza, sin atreverse a responder...

Pero su actitud resignada, el desfallecimiento de su cuerpo, toda ella, parecía suplicar, pedir arrodillada, con las manos en cruz y los ojos anegados en lágrimas, una tregua, una pausa, una espera, antes de pronunciar la palabra definitiva, la palabra que había de condenarlos o salvarlos para siempre.

Hubo un sollozo como ahogado por el rumor del mar, y nuevamente silenciosos, oyendo sólo el latir de sus corazones, emprendieron el regreso hacia el pueblo, en una ascensión lenta y penosa de desesperanzados.

Y, sin embargo, jamás habían estado tan cerca de la felicidad..

La muchedumbre se agolpaba al acantilado, en cuyo fondo hervía espumoso el mar entre las salientes de las rocas y los escollos de los pequeños islotes cubiertos de algas...

Sobre las cabezas destocadas ondeaba un loco júbilo de palmas y ramas de oliva.

Las campanas, en un escándalo alegre de bronces, estremecían los ecos del valle...

Todos los rostros reflejaban en su palidez angustiosa una ansiedad suprema.

Todos parecían esperar algo, con los ojos fijos en las soledades marinas, como espiando en ellas la sombra suave y santa de aquel dulce Rabbi de Galilea, a cuyo paso se calman las olas, florecen los arenales y en las almas agostadas, en los sepulcros vivientes, resucita, como nuevo Lázaro, la ilusión de la esperanza...

Octavio se aproximó, impulsado por una viva curiosidad y por el interés que a su corazón generoso le inspiraban siempre los humildes, a un grupo de viejos tripulantes de parejas.

—¡Hola, Juan!—le dijo familiarmente a uno de ellos, el más anciano de todos.—¿Qué pasa?

El pescador, antes de responder, miró de alto abajo a Silvia, a aquella linda señorita, demasiado bien vestida y profundamente orgullosa para mezclarse con la gente del pueblo y comprender todas las fatigas y todos los dolores de sus vidas trabajadas por la necesidad y la miseria.

—Las parejas del *Rayo* y de *Luis* se han perdido esta mañana entre las nieblas y nadie ha vuelto a saber de ellas. Como el mar estaba picado y hay marejadas de fondo, su tardanza nos preocupa.

—¡Pobres gentes!—exclamó compasivamente Silvia, aproximándose al grupo.

—¿Hay peligro?

—¡Siempre es peligroso dar contra un escollo!—
respondió rudamente el marinero.

La joven palideció, mortificada por lo agresivo de la expresión.

—¡Bien podías—añadió severamente Octavio, encarándose con el viejo—tratar con todo el respeto que se merece a esta señorita!

El viejo, sorprendido por la violencia de aquellas palabras, miró a los jóvenes con malicia, y quitándose respetuosamente la barretina, murmuró entre dientes:

—¡Usted perdone, señorita!

Y se perdió entre los suyos, con las manos metidas en los bolsillos, fumando su larga pipa de barro, cuyo humo perdíase, en leves espirales azules, en las vivas y fúlgidas claridades de la mañana.

Los amantes permanecieron un instante inmóviles, estremecidos interiormente por la noticia que amenazaba a aquellas míseras vidas entregadas al azar de las olas.

Sus corazones buenos y magnánimos se abrieron a la piedad, y por sus ojos serenos pasó algo así como la sombra de una lágrima.

Y se miraron, sin hablarse, sonriéndose, como satisfechos de atesorar aún, a pesar de todas las vicisitudes de sus existencias errantes y solitarias, incólumes, en el fondo de sus almas, aquel amor y aquellas ternuras para las desgracias ajenas.

¿Cómo era posible que sólo para ellos, para su amor, para su esperanza, estuviesen exhaustos sus corazones?

Se miraron desesperadamente, como interrogándose, en un anhelo infinito de expansión, en un deseo supremo de sinceridad.

Pero la palabra salvadora murió, estrangulada de emoción, en un leve suspiro, entre sus labios abiertos para el beso único y eterno...

Y de nuevo volvieron a la realidad, más pesados de su silencio, pero también más resueltos que nunca a continuar apagando en su frialdad de muerte todas las llamas voraces de sus hogueras interiores.

VIII

Parte de la muchedumbre, en un estremecimiento de angustiosa inquietud, se aproximó a la Iglesia.

El sacro acto comenzaba, mientras las campanas de la torre mudejar sonorizaban la serenidad azul de la hora, con el estrépito de plata de sus alegres y vivaces repiques.

Desde el interior del templo, la voz grave y austera de los cantores entonaba:

«Gloria laus et honor tibi sit... Rex Criste Redemptor.»

El coro repetía con más fuerza, desde la penumbra:

«Gloria laus et honor tibi sit...»

La muchedumbre se arrodilló en una imploración ferviente.

Todo parecía esperar al gran redentor de almas y de conciencias, al que había de devolver la esperanza a tantos corazones atribulados.

Silvia y Octavio, arrodillados junto al presbiterio, sentían en el fondo más oscuro de sus conciencias como un divino resplandor auroral...

Ella, sobre todo, parecía dominada por una inquietud extraña y anhelante, que le hacía clavar, de cuando en cuando, la obstinación tenebrosa de sus miradas en la imagen sangrienta y dolorosa del Cristo, que expiraba entre las flores y los cirios del altar mayor...

¡Ah! ¡poder probar ella también esa redención, sentirse comprendida y amada por alguien, en medio de aquella fiesta de música y de bondad de la Naturaleza!

Volvió a mirar desesperadamente a Octavio y pareció leerle en el rostro el mismo deseo.

Las manos se oprimieron nerviosamente.

Silvia tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no arrojarse en sus brazos, y allí, a la presencia de todo el pueblo arrodillado y ante la imagen de aquel Dios, que murió por el amor de los hombres, gritarle con toda la fuerza expansiva de su voz, contenida entre sus labios tantos y tantos años:

—¿Me has comprendido?

El coro calló. Los cantores de la iglesia continuaron más dulcemente:

«Hi placere tibi, placeat devotio nostra, Rex bone, Rex clemens, cui bona cuncta placent...»

La voz del órgano, en un desbordado torrente de caudalosas armonías, preludió los compases de una marcha triunfal, haciendo retemblar las altas bóvedas de la capilla e inundando los corazones de una viva y conmovedora alegría.

Las puertas se abrieron de par en par, y los fieles comenzaron a entrar por las naves, salmodiando:

«Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis.»

Y todo parecía agitado por un viento cargado de milagrosas promesas y de celestiales prodigios.

¿Qué gran misterio iba a rasgarse en el júbilo litúrgico de aquella hora santa que nos evoca una de las más bellas e ingenuas páginas del sagrado poema de nuestra redención?...

¡La entrada de Jesús en Jerusalem, entre los clamores y las bendiciones de un pueblo ebrio de la bondad de sus palabras, que alfombraba sus pa-

sos con la oliva de la paz y las palmas de los triunfadores, bajo el dosel eternamente azul y eternamente puro de los cielos de Oriente!...

Silvia y Octavio sintieron que también, en la Jerusalem interior de sus sueños, se abrían, entre un clamor sonoro de trompas de plata, las maravillosas puertas de diamantes, para dejar paso al cortejo triunfal y luminoso del Amor, el nuevo Redentor de sus almas...

Y ebrios de felicidad, con las manos aun enlazadas, clamaron también con el coro:

«Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis...»

Y sus voces parecían volar, con las espirales del incienso, por los altos ventanales, a perderse en la gloria luminosa del día, entre el clamor de las campanas y el estruendo del órgano...

IX

De pronto, un grito poderoso resonó en la ribera, llegando hasta el templo y conmoviendo, en un estremecimiento de júbilo, a la multitud arrodillada:

—¡Las parejas! ¡Las parejas!

Pocas personas permanecieron en la iglesia. Casi todas volvieron a la playa, agitando las palmas y llamando a grandes voces a los que regresaban.

Las parejas avanzaban majestuosamente por el azul rutilante del mar, desplegada la blancura de las velas a las suaves brisas de la mañana, como dos palomas que después de haber azotado la tempestad con sus alas, regresan victoriosas a la seguridad de sus nidos.

Un monaguillo, escapado de la iglesia, balanceaba rítmicamente, encaramado en lo alto de una roca, el turíbulo de oro, derramando blancas nubes de incienso, que iban a perderse en el azul profundo.

En los islotes de la costa palmoteaba un grupo de rapaces, animando con sus gritos alegres a los que llegaban.

Silvia oprimía aún en sus manos las de Octavio.

—¡Silvia! ¡Silvia!—exclamó al fin éste, hundiendo casi el rostro en la olorosa cabellera amada—. Si un día penetrases de mi brazo en esa iglesia, y, al arrodillarte conmigo ante el altar, te preguntara: «¿Me amas, Silvia?», ¿qué responderías?...

Hubo un pequeño silencio...

El se atrevió a insistir:

—¿Contestas?...

Ella le retiró las manos, y mirándole fijamente, como entregándosele toda entera en la mirada, le gritó con una voz que parecía desgarrada del fondo del alma:

—¡Te amo! ¡Te amo!...

Sus corazones palpitaron por fin de amor, junto

a aquella muchedumbre ruda, entre las palmas de triunfo y las olivas de paz levantadas en alto, delante del mar infinito y bello, donde las naves avanzaban con las velas desplegadas, como símbolos santos de esperanza y de redención.

AMIGAS VIEJAS

María Antonia, la molinera del Puente, era una moza alta y esbelta como uno de aquellos álamos que se estilizaban en un éxtasis de ensueño, en el fondo azul y plata de los claros remansos del río.

Su belleza y su esbeltez no excluían el vigor y la fortaleza, pues sus puños eran capaces de amasar, sin fatigas, muchas fanegas de pan, sobre la amplia artesa; y sus caderas, anchas y potentes como las de una potranca, que se agitaban rítmicamente, al caminar, bajo las sayas de bayeta amarilla ribeteadas de negro terciopelo, revelaban la sólida y sana contextura montañesa de las mujeres primitivas, tostadas por el fuego del sol y el hielo de las ventiscas y fortalecidas por las rudas faenas del trabajo cotidiano.

Se había casado hacía cerca de nueve años, siendo aún muy joven, en la blanca ermita de Nuestra Señora de las Nieves, una dorada y clara mañana de vendimia, olorosa a miel y a mosto y humanizada por los revuelos de las golondrinas y de los tordos, que en dispersas bandadas emigraban hacia las tierras del Sur, con Juan Lorenzo, un gestialón de cerca de dos metros, de músculos y alientos de cíclope y ojos y alma de niño.

En una cálida noche de trilla, junto a la choza de ramas secas, y al arrimo de las mieses maduras fragantes de sol, a hurtadillas, con el pretexto de refrescar un poco la garganta con el agua gurgulanteante del piporro de barro, él le había hablado, trémulo y balbuciente, de aquel su querer apasionado y hondo, pálido de emoción y jadeante de esperanza, mientras sus compañeros de trabajo, entre risas y cantos de mozuelas, aventaban lentamente los últimos mon tones del trigo de la parva, que a la luz de la luna despedían extrañas fosforescencias de oro etéreo.

El a no supo contestarle más que con una sonrisa que puso al descubierto el blancor sano y compacto de sus dientes de lobezna, entre la púrpura encendida y golosa de sus labios llameantes de

granada. Ambos conocían desde muy pequeños que para luchar contra las miserias de la pobreza no existían armas mejores ni más eficaces que la voluntad asídua y el trabajo tenaz.

María Antonia era la hija menor del viejo molinero de las Acacias, y él un peón del cortijo de Grazalema, donde en unión de su padre se ganaba su modesta hatería, ayudando en las faenas agrícolas, y prestando también su concurso a los pastores y zagales en el cuidado de los numerosos rebaños de cabras que ramoneaban en las jaras y setos del monte, y de las rozagantes piaras de cerdos que, hociqueando en los lodazales, buscaban la presa regalada de las víboras, entre las junqueras de los arroyos, o en las húmedas umbrías de las vertientes ásperas de aquellas fragosas montañas que alzaban hasta los claros cielos, más allá de las nubes, sus testas calvas y nevadas de ascetas en éxtasis.

Después de aquel rápido encuentro en la noche de trilla, como obedeciendo a un convenio tácito, volvieron a encontrarse siempre, a las sombras de los olivos polvorientos, en las horas bochornosas de la siega, junto a los surcos removidos y casi humeantes, en los días fecundos de la siembra, y a lo

largo de los caminos dorados de hojas secas en las fiestas paganas de las vendimias.

Juntos danzaron, al son de la guitarra, bajo los porches de los cortijos o en los adros de las ermitas en las romerías de la Virgen de Septiembre; y todos los domingos y días de precepto, mirábanse de reojo a la salida de la iglesia.

Y así pasaron dos años, hasta que una mañana de Septiembre entraron juntos, benditos por Dios, entre una algazara de chiquillos y un argentino clamor de campanas, por los umbrales de aquel molino que habían tomado en arrendamiento.

¡Dichoso día! La mañana tenía místicas suavidades de sedas de casullas litúrgicas. Una alegría de trinos y de risas de cristal invadía los álamos que sombreaban los cubos dorados por el sol del Otoño; y a lo lejos, en los viñedos cobrizos de las laderas, resonaban, comentados por las flautas y las zampoñas como en una égloga antigua, el fragante epitalamio de las vendimias...

II

María Antonia no estaba arrepentida de su elección.

Juan Lorenzo seguía la tradición honrada y laboriosa de su vieja familia de labradores, acostumbrados a regar con su sudor los áridos terrones de la gleba.

Nada de francachelas en las tabernas de las aldeas vecinas, ni de escándalos nocturnos en las calles.

Su único descanso eran los brazos fuertes y aterciopelados de su mujer, y la única recreación de su espíritu el ver cómo a fuerza de labor y de constancia, de trabajo inteligente, en las alacenas del molino no faltaba la gracia de Dios, y aun se guardaban todos los años, como reservas acumuladas para los malos tiempos, algunas peluconas escondidas en el fondo de los grandes arcones de roble.

María Antonia empezó por enamorarse de aquel hombretón alto y fornido, cuyo ancho tórax moreno y velludo se delataba a través de la abertura de la camisa de cáñamo, a los más leves movimien-

tos, y cuyas manos eran capaces de arrancar de cuajo los árboles de más dura raigambre, y terminó por dejarse subyugar por el encanto de su voz de niño, por su manera suave y mansa de decir las cosas, por su amor al trabajo y por su respeto a los consejos de los ancianos molineros que casi a diario visitaban a sus hijos para vigilar y atender la marcha próspera del molino.

Siete años de ventura, transcurridos sin la sombra de la más ligera nube, sin que nada los apartase del deber, ni del cariño, contentos al ver que no eran inútiles sus esfuerzos, habían hecho de sus vidas un poema fuerte y sano de felicidad inacabable...

¡Y luego, aquel ángel que le había dado el Señor!

Era una linda criatura de cerca cinco años, rubio y fuerte como un recental, vivaz y alegre como un pollo de perdiz, que apenas si alzaba cuatro palmos del suelo y que era ya el encanto y la alegría de todos. El rapaz se llamaba Juan Vicente.

María Antonia daba gracias a Dios a todas horas, y desde lo más profundo de su alma bendecía el momento inefable en que sus ojos azules y tímidos

dos de violeta se encontraron por vez primera con las grandes y negras pupilas africanas de Juan Lorenzo.

Lo recordaba todo, entornando los párpados como para verlo de nuevo en el fondo de su corazón, con una sonrisa de beatitud aleteando entre la púrpura fresca y sana de sus labios.

Primero, el noviazgo, con todos sus encantos, con todas sus divinas expansiones.

Después, las bodas; el temblor de su voz y el rubor de su rostro al pronunciar de rodillas, al pie de los altares, entre el humo fragante del incienso y la apoteosis luminosa de los cirios, las santas palabras del ritual...

Su vergüenza al encontrarse a solas con su hombre, en la cámara enjalbegada del molino, junto a aquel amplio lecho blanco como el armiño y oloroso a romero y a mejorana...

De un soplo apagó la luz; subióse las manos al pecho, en un movimiento instintivo, como queriendo ocultar y defender sus blancuras invioladas; cerró temblando los ojos y cayó desfallecida en los brazos potentes...

Y luego los terrores y los sobresaltos del primer embarazo; un sudor frío que recorría su esquina,

helándola hasta en sus raíces más profundas, y aquel dolor vago al principio y cada vez más intenso, hasta convertirse en un brusco desgarramiento de todo su sér...

En ciertos instantes, un mundo de fantasmagorías poblaba su imaginación exaltada por la fiebre; y entonces, como para desahogar su corazón de esperanzas, se decía a sí misma en un arrullo trémulo de voz:

—¡Será un mocetón como su padre, fuerte y ágil, capaz de ayudarnos a pasar los días amargos de la vejez, o una rapaza alegre y viva, de cabellos de oro y ojos azules que llenará de risas y cantos nuestro humilde nido!

Y así, divagando sobre el porvenir, pasaba horas enteras, mientras sus manos ágiles y finas cosían los pañales y preparaban la canastilla para el que había de llegar.

Y cuando apareció Juan Vicente, su alegría no tuvo límites, viendo cómo en el pequeño se iban abocetando los rasgos firmes y enérgicos del padre.

III

Todas las tardes, mientras en el rescoldo del hogar humeaba la cena, y en la mesa, sobre la blancura deslumbrante de los manteles resplandecían de limpieza la porcelana de los platos y el vidrio de las copas, María Antonia, peinada y ataviada como una novia, iba a sentarse bajo la sombra lujuriente de la parra, a la puerta del molino, en espera de Juan Lorenzo.

Las gallinas picoteaban. escarbando en la tierra removida, los granos dispersos del trigo que al mediodía había sido puesto a secar en la solana.

De los árboles frondosos que custodiaban la acequia, caía en el silencio una algazara de pájaros, que agitaban el aire con un cascabeleo de cristal y oro.

En el fondo del río, bajo el arco árabe del Puente, ardía el incendio fabuloso del ocaso; y las ruedas del molino, al girar rápidas y monótonas a impulsos de la corriente espumosa, espolvoreaban la tarde de una frescura reconfortante y alegre.

A lo lejos se oían las risas y las carreras de Juan

Vicente, que con otros rapaces se entretenía en perseguir, a manotadas y caperuzazos, las sombras ilógicas y disparatadas de los murciélagos.

Con la labor interrumpida sobre la falda, María Antonia espiaba, entre los rumores del crepúsculo—tañer de esquilas, canciones lejanas, voces huecas y súbitos ladridos de perros—, el tintinear claro y sonoro de las campanillas de los mulos de Juan Lorenzo, que, cargados de costales de grano, regresaban todas las tardes al molino.

Contemplando la blancura de su casita, el ajuar humilde y limpio, las alacenas repletas, los cobres que fulguraban en la penumbra, todo aquello que era suyo, María Antonia sentía, al lado de su hijo, un bienestar de conciencia satisfecha, un júbilo profundo e íntimo.

Su trabajo casero lucía: veíase siempre el suelo barrido, las sillas ordenadas, las paredes blancas de cal, y todo respiraba limpieza y bienestar.

Además de las atenciones del molino, cuidaba con celo de aquel numeroso ejército de gallinas y de patos, cuyos huevos ella iba a vender todas las mañanas, a grandes voces, por las calles de la villa.

A la vuelta del molino, pared por medio de él,

vivía la Joaquina, casada con el Bizco, un borracho impenitente, cuyas pendencias y cuyos escándalos eran la constante comidilla de los vecinos.

María Antonia tenía una gran amistad con esa pobre mujer macilenta y dolorosa, que casi a diario recibía sendas palizas de su marido que, además, le imponía el sacrificio de las hambres y de los harapos.

Decía muchas veces, viéndola pasar hacia el río, con grandes montones de ropa sobre la cabeza, envejecida y estúpida por el contagio de las miserias y brutalidades sufridas, con la hijita semi-desnuda agarrada a las sayas, andrajosas:

—¡No sé cómo puedes sufrir tanto, pobrecilla!

La otra no se quejaba: tenía las miserables resignaciones de una perra expulsada, y con un encogimiento de hombros y la voz sumida, contestaba siempre:

—¡Paciencia! Dios lo quiere.

Estaba muy agradecida a María Antonia, porque con bastante frecuencia la libraba de las brutalidades del borracho y de las constantes penurias de la casa.

La mujer de Juan Lorenzo, comparando su suerte con la de su pobre vecina, sentía en la compa-

ración exaltarse su felicidad, bendiciendo la hora en que naciera en su corazón el primer impulso amoroso hacia su marido.

Cuando éste regresaba del trabajo, con el ancho y viejo sombrero echado hacia la nuca y la chaqueta al hombro, de orcajadas sobre los fuertes lomos de la *Generosa*, una mula de piel lustrosa y fina que daba gusto verla, María Antonia se desvivía, apesadumbrada y triste, en referirle todos los sufrimientos de la vecina y la crueldad del Bizco. Juan Lorenzo entonces, encogiéndose egoístamente de hombros, cansado de oírle siempre las mismas quejas, repetía también lo mismo:

—Déjalos a ellos, que ya se arreglarán.

Conocía al Bizco desde la infancia, pudiendo seguir paso a paso su vida y observando su predisposición fatal para la vagancia y para el vicio.

Aquella índole desordenada repugnaba a su conciencia, pues sentía un profundo desprecio por los que no tenían como él la infatigable actividad productiva y la reposada satisfacción de los deberes cumplidos.

En aquella hora los trabajadores recogíanse en grupos, dando las santas noches; una polvareda sofocante se alzaba en los caminos bajo las albar-

cas de los cavadores y las patas de las caballerías cargadas de hierbas olorosas.

La tarde moría, envolviendo en un oro tulbo las llamaradas del poniente, y por los campos, los grillos y las ranas, las lechuzas y los mochuelos preludiaban la larga sonata nocturna, mientras enfrente del molino, Juan Vicente y la hija de la loaquina, descalzos y felices, rodaban abrazados, en sus juegos inocentes, sobre la hierba húmeda que alfombraba de tenues terciopelos la puerta del molino.

IV

—¿Sabes lo que me convenía!—dijo una vez Juan Lozenzo a su mujer.

—¿Qué?

—Arrendar las tierras lindantes con el molino. Esto nos daría mas descanso y siempre ganaríamos algo más.

—¡Ya lo creo que nos convenía! Un hombre tan honrado como tú...

—El mayorazgo de «El Limonar» quiere arren-

darlas. Fuí a hablarle, mas ya hay pretendiente. ¿No sabes quién?

—Algún alma ruín...

—Ni más ni menos que nuestro vecino el Bizco. ¡Tú no sabes lo que me reí cuando el mayor-domo me lo contó!...

—¡Un excomulgado que sólo tiene tiempo para armar pependencias a su pobrecita mujer... el Señor me perdone! ¿Y es él solo quien pretende el arriendo?

—El solo. He quedado en ir esta noche a hablar con el mayorazgo, y creo que se conseguirá la cosa.

—Sería una gran fortuna. Tierras fértiles, y luego cerca de nuestros ojos para vigilarlas. ¡Mas el Bizco!... ¿No oyes?

Estaban en la cocina, Juan Lorenzo limpiando sus calzones de pana para la visita de la noche, mientras María Antonia iba poniendo la mesa... Sintieron pasos bajo la parra del portalón, y una sombra rastrera y rápida apagó un momento las últimas claridades del crepúsculo. Era el Bizco, que escuchaba a la puerta.

—¡Se habrá visto atrevimiento!—dijo María Antonia toda enfadada, dirigiéndose al que huía

—¡Quien escucha su mal, oye!

—¡Diga a su marido que ya me las pagará!— gritó una voz sorda y trémula de ira.

—Déjalo—dijo tranquilamente el marido—, está borracho como de costumbre... ¡Pobrecillo!

Cenaron. Juan Lorenzo a la cabecera de la mesa, al lado del hijo, riéndose y celebrando las gracias del rapaz. A sus pies roznaba el gato. Enfrente, María Antonia, migaba el pan en la sopa. Comían bajo la parra.

Por encima, el cielo un poco obscurecido y todo picado de estrellas, tenía un palpitar de penumbras profundas, en el que los ojos se perdían en profundas divagaciones.

Un viento fresco, impregnado de henos, agitaba con murmullos suaves las hojas metálicas de la higuera verdeal.

Pusiéronse a hablar de los higos.

Entonces, Juan Lorenzo, contó sus esperanzas en la cosecha que produciría el bancal de la ribera, un palmo de tierra que valía un millón, según él.

—¡Qué hermoso estaba en el tiempo de las habas!—dijo con orgullo María Antonia.

—Lo que necesitamos es una viña—tornó a decir Juan Lorenzo, después de un momento de pau-

sa, mientras sus manos partían el pan en grandes pedazos.

—Nada produce tanto como las viñas. Pensaba arrendar una al señor mayorazgo.

Él entonces empezó a enumerar proyectos de futuras prosperidades: comprarían un carro con una pareja de mulas, tendrían viñas y olivares y una huerta con aguas corrientes y norias rumbrosas, en el fondo del valle, con una casita muy blanca bajo las nogueras verdes.

Y para animarse, citaba de memoria los casos de fortuna acumulada lentamente por hombres activos y trabajadores: Joaquín el de las Parras, que estaba podrido de rico; el Fandango, a quien su padre conociera cavando a jornal, y el tío Mercedes, que había perdido un ojo en la guerra carlista, donde fué de soldado, y que ahora a fuerza de dinero había logrado librar a sus dos hijos de quintas.

No hacía mucho que había visitado la finca del compadre Policarpo.

—¡Mi padrino!—gritó palmoteando Juan Vicente.

—Aquéllo sí que es labor—continuaba Juan Lorenzo—. Aquéllo sí que es sementera—y acumu-

laba pormenores. Cien fanegas de trigo en los trojes; montones de paja más altos que las torres de la iglesia; yuntas de bueyes gordos y lozanos...; carretas para la vendimia, la casa llena de arados y el molino sobre las rocas de la ribera... ¡Un encanto! Hace treinta años era sólo un gañán de don Francisco de Cobos... y es honrado, honrado como Dios.

—Lo que hace falta es salud. Dios ayuda a quien trabaja—resumió la mujer, y luego entre risas, continuó:

—¡Lo que nos íbamos a reír si me viese convertida en una rica labradora!

—A mí me compraréis un par de zapatos y unas espuelas para montar a caballo—exigió Juan Vicente, mientras comía a dos carrillos.

—La verdad es que no podemos quejarnos.

—Ya lo creo que no—apoyó María Antonia—, ¡y deja el tiempo correr...! Este año tenemos ya algunos ahorrillos; el año que viene tendremos más, y así, poco a poco, podremos reunir para comprar una hacienda.

El se levantó, se echó el sombrero sobre los ojos y la chaqueta por los hombros y se dispuso a partir.

—Voy a ver lo que decide el señor mayorazgo.

—Hasta luego.

Al empezar el camino se volvió un instante y le dijo riendo a su mujer:

—¡Lo que tendría gracia es que el Bizco quisiera armarme pendencia!

—No te fíes de él; de todo es capaz ese alma ruín que Dios confunda.

Apenas perdiéronse a lo lejos los pasos de su padre, Juan Vicente corrió en busca de su amiga que, tranquilamente, sentada sobre un haz de hierbas secas, junto a una piedra de molino, coscurraba un pedazo de pan duro.

Vámonos a coger uvas, en el parral de la cerca, que mi padre ha salido.

Y alegres y risueños los dos rapaces, cogidos de las manos, perdiéronse corriendo entre las sombras de los árboles del camino.

V

En su casuca, la Joaquina roía un pedazo de pan negro y seco, traído del horno hacía dos semanas.

No habían podido pagar el amasijo, y la hornera se cansó de fiarle.

Al llegar el Bizco pidióle a grandes gritos la cena, y al encontrarse con que nada había dispuesto, la cubrió de injurias, gritándole con su voz queapestaba a vino:

—¡Grandísima puerca! ¡Grandísima borracha!

Ella apenas se atrevió a protestar, suspirando:

—¡Hombre, por Dios, que te puede oír la niña!

Y él, exasperado de su pasividad, cobardemente le dió de bofetadas con su áspera mano innoble de asesino, clamando que estaba harto y que sería capaz de matarla.

La pobrecilla no hizo ni un gesto para repeler tanta brutalidad. Aquella vida de vileza y de insultos robóle hasta el refugio de las lágrimas, embotándole poco a poco la razón. Abría los ojos sobre el borracho, en un pasmo trémulo, suspirando, en un hilo tenue de aliento, en un soplo apenas perceptible de dolor:

—¡No me pegues más, por el amor de Dios, no me pegues más!

Todo se resumía para ella en una esclavitud muda de mártir resignada.

No tenía padres y se le habían muerto todos sus parientes. Su hermana había sido asesinada por su amante, en una choza siniestra, al lado del molino.

Era la última representante de una raza de sometidos incapaces de resistencia y no tenía en la vida otro fin más que obedecer a su verdugo y procrear animalmente como las marranas de las pocilgas.

El insistió en los insultos con más saña, y ebrio de cólera ante el silencio de ella, la arrastró de los cabellos, hasta arrojarla, como un depojo inútil, sobre la cantarera. Al estrépito de los cántaros que se rompían, un gato escuálido y negro, como una sombra maligna, huyó espantado, enarcado el flácido lomo de esqueleto y fosforescentes en la sombra las anchas pupilas, diabólicamente dilatadas.

VI

—Vecina—gritó la pobre mujer, llegando jadeante al molino donde María Antonia acababa de quitar la mesa.

—¿Qué quiere?

Joaquina continuó en un tono lloroso de plañidera:

—Perdóneme por el amor de Dios; pero no puedo olvidarme de tanto bien como me ha hecho.

Aquel hombre es mi desgracia, es mi vergüenza...

—¿Te ha pegado de nuevo?

—¡Como de costumbre! Nuestro Señor nos ayude, ¡mas si sólo fuese eso!...

—¿Qué más te ocurre?

—¿Mi hombre no entró en su casa hace poco?

—Entró para escuchar lo que aquí decíamos... Sólo por eso... ¡mas quien escucha, su mal oye!... Razón tiene el refrán:

—¡Ay, hija! llegó de aquí como una fiera. Me tiró de los cabellos, rompió los cántaros del agua y azotóme con una cuerda, gritando que yo tenía la culpa de todo y que habían de saber pronto quién era el Bizco... Perdóneme por el amor de Dios, tantas mortificaciones... Le oí hablar de que pretendía tomar en arrendamiento las parcelas del señor mayorazgo, y que Juan Lorenzo aspiraba a lo mismo...

—¡No es ningún pecado agenciarse cada cual la vida! Mi marido ha ido a hablar con el hidalgo; que el tuyo vaya también. El señor mayorazgo escogerá a quien le plazca, y nadie tendrá razón para quejarse.

—Todo eso se lo dije, vecina. Vé a hablar. Hablando se entiende la gente; se enfureció más...

me pegó de nuevo... Vecina... perdóneme por el amor de Dios; pero yo quiero decirle que... ¡miradme temblar! no pueden sostenerme las piernas...; el Bizco ha salido con malas intenciones, jurando que se la habían de pagar, que iba a dar fin de Juan Lorenzo... Perdóneme, hija, por el alma de su padre, mas él es malo, capaz de todo estando borracho... ¡No deje salir a su marido esta noche, no le deje salir!...

—¡Mas si acaba de salir ahora mismo! —exclamó María Antonia, alarmada de súbito; y sin hacer caso de las voces de la vecina, que la seguía implorante, en sus quejumbres plañideras, echóse el mantelo, y a todo correr tomó la áspera senda, bordeada de zarzales y de saucos, que conduce al villorrio, mientras a lo lejos, en el fondo oscuro de los barrancos, resonaban lúgubrementes los aullidos de los perros, que parecían devorar el silencio nocturno.

VII

Eran más de las nueve de la noche. Los hombres estaban en las eras, fuera del poblado, y aquí y allá, echadas al fresco junto a las puertas entornadas y oscuras, dormitaban algunas sombras. Las penumbras nocturnas, agujereadas de estrellas, proyectaban sobre la paz de la aldea vagas y fantásticas inquietudes. El campo yacía dormido, y solamente, de vez en cuando, en el silencio absorbo de los rastros, latía un perro o tintilaba una esquila. La casa del mayorazgo se alzaba en el otro extremo de la villa, aislada de los casales por una frondosa y alta alameda. Alrededor se extendía la huerta, feraz y húmeda, y detrás los naranjales y el olivar interminable y oscuro, como hecho de sombra y de sortilegio.

María Antonia corría desalentada, arrastrada por presentimientos funestos y llena de la idea del peligro que corría un hombre que para ella era su Dios.

Todo dormía ya. La alameda de enfrente, envuelta entre las tinieblas, a la menor bocanada de

viento parecía quedarse rumiando alguna cosa terrible, en un secreto entrecortado. Al fondo, con su línea de grandes ventanas, se entreveía la casa del mayorazgo como una inmensa mancha de granito.

En otra ocasión María Antonia no hubiese osado atravesar aquel camino, en aquella hora, pues se decía que erraba por allí el alma en pena del viejo canónigo Morales, muerto en pecado mortal, en acecho de los imprudentes mortales que se atrevieran a pasar por aquellos contornos, testigos de su crimen. Mucha gente la había ya oído clamar en roncos gritos, después de haberse apagado en el silencio las últimas campanadas del toque de ánimas, y contábase que un hombre que la había encontrado hacía años, había perdido el habla de miedo.

A la entrada de la arboleda, María Antonia detúvose a escuchar junto a un tronco. Estallaban las ramas en lo alto con hoscas estremecimientos, como si manos invisibles las quisieran desgajar. Aplicando el oído, sentíase en la huerta el correr del agua en los estanques, como el desangrarse de profundas e interminables heridas, abiertas por fino estilete en el corazón de la sombra. Nadie ha-

bía llegado aún a casa del mayorazgo. María Antonia respiró más tranquila; no había ocurrido nada, y rápida, alzando, en acción de gracias, los ojos al cielo que rutilaba de estrellas, recorrió la alameda y fué a tirar del cordel de la campana del portalón, que turbó con un son vibrante el silencio del edificio. Preguntó por su marido, y diciéndole que aún no había llegado, cerráronle la puerta sin más observaciones. Ella se quedó de súbito muda, reclinada en un poste, sintiendo latir de ansiedad sus venas.

¿Dónde estaba entonces Juan Lorenzo? No era hombre acostumbrado a frecuentar tabernas, ni tra bajaba en las eras, ni era cantador noctívago... Era la primera vez que ella ignoraba su paradero; ¿qué hacer?

Entonces, escudriñando con la vista en torno suyo, sintió de pronto un violento escalofrío de los riñones a la nuca; y a fuerza de inquirir en la sombra las imágenes, se falsearon dislocándose ante su vista desvariada... Parecía que los troncos iban y venían, arrastrando caudas de follajes, como espectros evocados de una tumba... Ondulaban sin cesar esos bandos de formas extrañas como aquelarres espectrales, y el rumor del agua era el de una conspiración siniestra cuchilleando amenazas.

María Antonia sentía estallarle el corazón en el pecho, y un zumbido pérfido y sordo como un moscardón aturdió sus oídos. Y llena de un miedo álgido, mirando despavorida a todos lados como si legiones de genios malos la siguiesen, recorrió la alameda arrimada a los troncos y cosida a la sombra. A medio camino detúvose. Había visto moverse un cuerpo en la otra banda. Escondióse detrás de un tronco, con los ojos fijos en el punto en que la forma humana bullía. Juzgó un instante haberse engañado. Mas el bulto volvió a aparecer, cortando trasversalmente el camino. Rápidamente pasó ante sus ojos medio rasgados por el pavor...

Vió a un hombre en mangas de camisa, que, con el sombrero echado sobre los ojos, caminaba a grandes saltos, tambaleándose... Debía ser un borracho, pues hablaba solo con palabras entrecortadas y torvas:

—Todo se paga en este mundo... ¡Adelante!

A lo lejos, se detuvo un instante canturreando fanfarronamente, como a guisa, de reto:

Nadie me tosa en el mundo,
ni me levante la voz;
yo soy más duro que el bronce,
y más valiente que Dios.

VIII

La ronca estridencia de aquella voz, brutalmente agresiva, hizo desfallecer a María Antonia, como si de repente se le hubiese helado la sangre en las venas. Para no desplomarse tuvo que agarrarse, a tientas, a las ramas de un sauco, que crujió al esfuerzo desesperado de sus manos.

La sombra tambaleante del borracho se perdió allá, a lo lejos, entre las alamedas de un recodo del camino... Entonces la pobre mujer, crujiendo toda de terror, decidióse a salir de su escondrijo.

Apresuró el paso. Era tarde, y tal vez Juan Lorenzo estaría ya en casa:

—¡Oh, si estuviese ya allí, Dios mío!

Esta esperanza disolvióle un poco sus terrores, y mentalmente ofreció una misa a Nuestra Señora de las Nieves si nada hubiese ocurrido; y prosiguió con más ahinco su camino, como si aquel santo ofrecimiento hecho con todo su corazón y con toda su alma a la milagrosa patrona de la Serranía, la hubiese tranquilizado, serenando todos los tumultos de sus pensamientos.

La avenida se ensanchaba a medida que se acercaba al pueblo. A lo lejos, rastreando por los muros de las primeras casas, volvió a surgir la sombra rastrera y fatídica; y ella, al contemplarla de nuevo, tornó a quedarse muda, estremecida no sé por qué extraños presentimientos. Sobre una piedra del camino blanqueaba, a la claridad de las estrellas, un pañuelo abandonado.

María Antonia se inclinó a recogerlo, y entonces una cosa dura cayó de él, levantando en las piedras asperezas de sonos metálicos.

Era una navaja llena de sangre. Perdió completamente la cabeza, y con el corazón desbordante, como un cáliz de agonías, y la imaginación henchida de lúgubres presentimientos, púsose a correr sin destino fijo, por las calles de la villa, clamando en altos gritos contra el Bizco, contra Dios y contra su propia desgracia.

En el silencio del pueblo adormecido, su voz resonaba con sonoridades de una vieja campana cascada llamando a rebato.

Algunos postigos abriéronse, y por sus huecos aparecieron algunas siluetas cabeceantes y ávidos tendidas a escuchar. Después, un rumor confuso y cada vez más creciente de pasos atropella-

dos, resonó en el empedrado de las calles, y trémulos bultos precipitáronse, como sombras, persiguiendo a otra sombra, tras de María Antonia.

Ella contaba a quien veía que su hombre había muerto, que sus hijos estaban sin padre y que había sido el Bizco el autor de su desgracia.

Comenzaba treinta veces la misma narración, con voz velada por los lloros y estrangulada por los sollozos.

Algunas mujeres, atemorizadas, con el pañuelo por la cabeza y en grandes gestos de abatimiento, seguían a María Antonia, coreando sus lamentaciones. En breve toda la tierra estaba alborotada, y cuando la pobre mujer llegó a la solana del molino, la gente se agrupaba en torno a la puerta.

La casa estaba vacía, y en ella recomenzaron los gritos y las lamentaciones.

Abriéndose paso entre todos, con el sombrero terciado y empuñando su vara de almendro, con puño y borlones de plata, llegó el señor Alcalde, a ver lo que pasaba, atraído por aquel tumulto de gritos, por aquel escándalo de llantos e imprecaciones.

—¿Qué pasa aquí?—exclamó, ahuecando ceremoniosamente su voz cascada de asmático, y con-

teniendo con un ademán autoritario a uno de los grupos de rezagados.

Todos le rodearon, queriendo contarle, haciendo fuegos pirotécnicos de imaginación, y en una marea confusa de voces y de gestos, cómo había acaecido el suceso que todos lamentaban:

—Fué así...

—La cosa comenzó...

—No; que fué de otra manera.

El señor Alcalde, alzando en un gesto solemne su vara, impuso silencio a la muchedumbre, y después de una pausa de asma y de tos exclamó: sentenciosamente, limpiándose con un pañuelo el sudor que le bañaba la frente:

—Mas el caso de haber encontrado una navaja llena de sangre no prueba que Juan Lorenzo haya muerto.

Y su voz autoritaria se impuso a todos.

—¡Es verdad!

—¡Es verdad!

—¡Quizás Juan Lorenzo esté en las eras!

—De allá vengo yo ahora, y no le he encontrado—prorrumpió un zagalón, apoyándose para hablar en la rústica pala de aventar.

Un anciano objetó:

—Se le debe ir a buscar en la alameda y en los melonares de la huerta del mayorazgo.

Varios trabajadores salieron a escudriñar las alamedas.

María Antonia quiso también ir, pero las mujeres la detuvieron. Y sentadas todas en la puerta de la casa, yacían silenciosas y curvadas como si un viento de desolación las abatiese. En el silencio lúgubre, los sollozos de María Antonia sonaban de vez en cuando como un estribillo de amargura.

En un rincón, las gentes comentaban las hazañas recientes del Bizco, y todos convenían en que hacía ya mucho tiempo que debía estar ahorcado.

Algunos tenían palabras de condolencia para la Joaquina, tísica de tantas palizas como le administraba el borracho.

De pronto, en lo alto de la cuesta, entre los vallados y matorrales de los ribazos, descendió, como un gruñido de jabalí acosado por la trailla, la voz vinosa y fanfarrona del borracho, que enfáticamente canturreaba:

Nadie me tosa en el mundo,
ni me levante la voz;
yo soy más duro que el bronce,
y más valiente que Dios...

IX

Casi al mismo tiempo resonaron gritos y carreras en el camino, y por la puerta del molino cuatro mozos de labranza entraron, llevando extendido sobre unas parihuelas el cuerpo sanguinante de Juan Lorenzo. Todos se alzaron, en un rumor indescriptible de llantos y de increpaciones. Las mujeres, ocultándose el rostro con las manos para no ver el cadáver, huyeron aterrorizadas a esconderse bajo el emparrado del porche.

Tendieron las parihuelas en un rincón, y algunas manos piadosas las rodearon de velones encendidos, cuyos mecheros humosos proyectaron una luz de pesadilla sobre la escena, agrandando en la pared la sombra del cadáver y las siluetas del acompañamiento.

María Antonia sola, resistiendo valerosamente a todos los empujones que le daban para apartarla de allí, permaneció al lado del cadáver. Abrazóse al cuello del muerto, cubriéndole de besos la cara y los labios entreabiertos, por cuyas comisuras corría un hilo viscoso de sangre. Una enorme pasión reventaba en ella, al inclinarse, desgñada

y lívida, desbordantes de llanto los ojos, sobre aquel cuerpo que se helaba poco a poco, adquiriendo un siniestro dibujo anguloso y lívido.

Fuera, el Alcalde y los guardas del campo habían apresado al Bizco.

Todas las voces clamaban rudamente:

—¡Ya está preso! ¡ya está preso!

La Joaquina, con los cabellos sueltos, humillábase en el polvo, pidiendo clemencia con voz sorda y baja, en la que había un fondo de miseria y de dolor. Los puños salíanle de las mangas andrajosas del corpiño con tísicas amarilleces de pergamino... y por más esfuerzos que hicieron no lograban arrancarla de las rodillas del Bizco. Los malos tratos, las bestialidades y las hambres con que aquel hombre la atormentara implacablemente, con una ferocidad morbosa de degenerado, desde el mismo día del casamiento, habían arraigado en su corazón una ciega obediencia, una necesidad fatal de aquel imperio, de aquel dominio brutalmente agresivo y canalla... Así y todo le amaba, por ser el padre de su hijita, por haber partido con ella su catre y haberle dado ese primer beso, que es como la anunciación de la maternidad en la carne de la mujer virgen.

X

Al día siguiente fué el entierro.

Era una de esas horas ardientes y fatigosas de estío en que los troncos rugosos de los olivos y entre las anchas hojas tostadas y polvorientas de las higueras se extenúan de modorra, en un canto sudoroso y monótono; las cigarras y las palomas torcaces descienden en lentas bandadas, para apagar su sed, sobre las últimas pozas verdinegras de los arroyos.

Las campanas, cascadas de vejez, empezaron a doblar en bruscos y fatigosos estremecimientos de metales herrumbrosos, en un rechinar angustioso y pesado de cadenas que se rompen, derramando sobre la caligie estival, sobre el vaho bochornoso y asfixiante de la hora, su frialdad pegajosa de muerte, sus desfallecimientos sonoros y gangosos de agonía.

El entierro salía, bajo el emparrado del molino, en un desfile lento de dolorosos plañidos.

Delante iba el sacristán con la cruz parroquial en alto.

A su lado, un monago agitaba rítmicamente la

campanilla, orgulloso de sus ropajes de escarlata y de los encajes de su roquete, travieso y activo, mirando de reojo a sus compañeros de juegos que, medrosos y encogidos, pegados a las faldas de sus madres, contemplaban con ojos curiosos, desde lo alto de la solana del molino, aquel lento desfile de muerte.

Detrás seguían dos filas de hombres del campo, con sus oscuros trajes de domingo, llevando con aire grave y cansado, grandes hachones de cera, en sus manos oscuras y ásperas como raíces.

Algunos, los que habían sido amigos y compañeros de rondas de Juan Lorenzo, caminaban con los ojos rojos, ocultando la cara, como avergonzados de que les vieran llorar las mujeres que, pálidas y lacrimosas, se asomaban a las puertas y a las esquinas o seguían el cortejo, llevando de las manos a sus hijos andrajosos y descalzos.

La caja era de tablas de pino, forrada de tela negra, con ribetes de galón dorado. Sobre ella descansaba Juan Lorenzo, vestido de fiesta con su faja roja, con enormes zapatos de becerro y los dos puños unidos por una tira de cinta negra para sujetar las manos cruzadas en el pecho, en la actitud de la última imploración.

Lo llevaban en hombros cuatro amigos, y un muchacho conducía el banco de pino que había de servir para los responsos.

La comitiva siguió lenta y grave hasta el cementerio, que se alzaba, blanco de cal y negro de cruces, en lo alto de una colina. A la entrada se detuvo.

El féretro, a un gesto del párroco, fué colocado sobre el pequeño banco de pino. Una vida fecundante de átomos impalpables vibraba en la luz. El entierro se había detenido, y todos se volvían para ver al párroco esparcir el agua bendita sobre el cuerpo de Juan Lorenzo.

Todos murmuraban lagrimeando:

—¡Que el Señor le ampare!

Y enumeraban sus virtudes, su buen genio, su economía y su templanza.

--¡A los buenos se los lleva Dios pronto porque son del cielo!—roznó una vieja.

De pronto dejóse oír la voz del párraco imperiosa y llena de sabiduría, rumiando latines, y se hizo un silencio piadoso.

Todos se arrodillaron, pues nadie en aquella villa acostumbraba a oír el latín de otra manera. La recitación grave, y en una lengua extraña,

daba a los espíritus sencillos la profunda emoción de un fin próximo y el recuerdo de almas que parten para las regiones serenas de la bienaventuranza con sus túnicas azules y su par de alas blancas, abiertas para el vuelo supremo.

El párroco iba diciendo:

—¡Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison!
Pater noster...

Y las voces rezaban bajo, en un coro murmurador, que iba alternativamente agonizando y subiéndose, hasta perderse con la última aspersion del agua bendita.

Nadie se atrevía a respirar, contemplando aquel cadáver en esa rígida tirantez que precede a la putrefacción. Corría por las ventanas de la nariz un hilo de sangre negra que las moscas bebían zumbando, y por entre los dientes, a espacios, en la boca que se abriera en las últimas convulsiones de la agonía, gotas de gas podrido hacían crepitar pequeños glóbulos, como pompas de jabón, de la íntima fermentación que lo devoraba.

Los amigos de otros días se adelantaban para limpiar con sus pañuelos piadosamente la cara y los labios de Juan Lorenzo.

—¡Bendito sea Dios!—decían despavoridos por

el hervor de la corrupción cadavérica que la torridez del sol activaba prodigiosamente.

El cementerio quedaba en la cima de una colina, ceñido de muros blancos, con una cruz de hierro en la fachada. Desde él se contemplaba un hermoso y extenso panorama: olivares, huertos floridos, rastrojos amarillentos, cañadas cubiertas de árboles frutales y, por último, allá a lo lejos, cortando el horizonte, la montaña enorme, atravesada por cien arroyuelos, con manchas verdes de nogueras y de encinas. Más a la izquierda, ondulaba, en un mar de verde vivo, casi sin gradaciones, la región lujuriente de las viñas. Higueras gigantes abrían hasta el suelo quitasoles metálicos de largas hojas, sobre las que revolaban los gorriones. Aquí y allá, las huertas abrían en la gran sinfonía cromática una cadencia graciosa de tonos de bronce.

En los regatos, a la sombra de los cañaverales, las lavanderas lavaban sus ropas cantando. El hilo del agua era tan tenue como un soplo de vida, y serpenteando por debajo del arco del puente, donde se alzaba un grupo de eucaliptos nuevos, iba a expirar, lentamente, en la arena de la rambla, bajo las raíces sedientas de los juncales amarillentos.

XI

En la cumbre de la colina, donde se alzaba el Campo Santo, en un trémulo manchón oscuro, hormigueaba el entierro, arremolinándose bajo la media naranja de la puerta.

Penetraba el féretro, donde en hombros de cuatro camaradas, el cuerpo inerte de Juan Lorenzo, con las manos en cruz sobre el pecho, oscilaba trágicamente, al ir a encerrarse entre los muros blancos de su eterno reposo.

La cruz parroquial relampagueaba igneas fulguraciones de oro en la gloria del sol, y los ropajes flotantes de los monaguillos encendían vivas llamas de púrpura sobre la fúnebre negrura del cortejo.

La campana de misericordia lanzaba, fatigada y lenta, el último doble de finados, y sus notas graves y tristes rebotando de quebrada en quebrada, de barranquera en barranquera, de valle en valle, se amortiguaban en la distancia, en un quejumbre monótono y plañidero de broces rotos y mohosos.

En la caligie asfixiante de la hora se respiraba,

a veces, como un hervor de pudredumbre, como el hálito abrasador pestilente de un horno crematorio.

XII

Por la cinta polvorienta, de un gris lívido de osamentas calcinadas, de la carretera, que se pierde entre el bronce leproso de los viñedos y el verdor enfermo de los olivares, camina lentamente el Bizco, custodiado por una pareja de guardias civiles.

Las cubiertas blancas de los tricornios aletean suavemente, en la serenidad de la brisa, como revuelos de palomas, y el acero de los fusiles rasga el aire con espejeantes cabrilleos.

El asesino conversa, indiferente, con sus guardianes, con sonrisa procaz, que deja al descubierto la brutalidad primitiva de su alma entre el avance carnívoro de sus encías. En el encogimiento titilante de sus pupilas aceradas, que se emboscan a la sombra negra y profunda de sus cejas cerdosas, hay algo cruel y duro de ave de presa o de fiera en acecho.



Camina con la frente alta, mostrando con cínico orgullo sus muñecas esposadas.

Al pasar, desde las puertas de los cortijos, brazos airados de mujeres le maldicen, y durante largo trecho le persiguen los aullidos de los perros y los denuestos de los rapaces.

XIII

Mientras tanto, bajo los arcos de la corraliza del molino, sobre un monte de bálago y de hierbas olorosas, cansadas de corretear por las alamedas que ensombrian los cubos, dormían tranquilamente, fundidos en un estrecho abrazo, el hijo del muerto y la hija del asesino.

La rubia y enmarañada cabecita de la niña reposaba dulcemente sobre el hombro moreno y firme de Juan Vicente, y sobre sus labios en flor, abiertos en la más inocente de las sonrisas, parecían aletear yo no sé qué divinas, remotas e inefables saudades del Paraíso.

Habían huido aquella mañana del tumulto ensordecedor de sus casas, escapándose llorosos de los brazos de su madre que les apretujaban hasta hacerles daño... Y juntos vagaron por las cerca-

nías, ocultándose de la gente, refugiándose en lo más espeso de la arboleda, para cazar mariposas o atrapar zarzamoras.

Fatigados, al fin, se entraron en la corraliza, y sobre aquel lecho de bálago recién segado, les sorprendió aun el sueño, con algún puñado de moras en las manos y algunas flores silvestres en los cabellos.

Algunas veces despertáronse sobresaltados a los aullidos de dolor y de llanto que llegaban del molino, y casi a un tiempo alzaron sus cabecitas amodorradas,

—¿Qué es eso?—suspiraba la niña, refregándose perezosamente los ojos con sus manitas enrojecidas por las moras.

—¿No oyes, como lloran?—clamaban, despues de un instante, queriendo despertar a Juan Vicente.

—¡No es nada, tontuela!—refunfuñaba éste, medio adormilado...

Y los dos, cabeceando, volvían a abrazarse, hasta quedar dormidos de nuevo, mientras que a lo lejos resonaban cada vez más intermitentes y apagados los gritos de angustia, y en la ribera del río se desgranaba, dispersa en los mil ruidos del agua, el canto de las lavanderas...

XIV

—¡Juan Vicente!—gritó, enronquecida de dolor, María Antonia, desde el umbral de aquel molino, ayer tan alegre y amplio para su alma, y ahora más triste y estrecho que una tumba.

—¡Mi hijo!... ¿Dónde está mi hijo?—Y sin hacer caso de las mujeres, que arrodilladas en un rincón de la cocina, rezaban el rosario, se encaminó al corralizo con los ojos rojos e hinchados de llorar, y su rostro desencajado y lívido como el de un agonizante.

Y allí, bajo los arcos, sobre el lecho de bálago y de hierbas olorosas, se encontró dormidos a los dos niños, acurrucados en un abrazo como dos pajaritos.

Mas no estaban solos, no. También a su lado, semioculta en la penumbra de los arcos, una forma humana, arrodillada, los contemplaba, inmóvil, sin atreverse a respirar, como si temiera despertarlos...

Aquella forma, dolorosa y deshecha en llanto, era la Joaquina.

Las dos mujeres se miraron: primero fieramente, agresivamente, como si quisieran trocar sus ojos en puñales para saciar sus odios. Después sus miradas se fueron enterneciendo, aterciopelando, hasta acabar fundidas en una desbordante lágrima de piedad y de cariño...

Se tendieron los brazos, y mezclando hasta lo más profundo de sus pobres almas sus lágrimas y sus penas, murmuraron en voz muy baja, como en un suspiro que quisiera ser al mismo tiempo una oración:

—¡Dejemos dormir tranquilos a esos ángeles!...

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ
EL DÍA XX DE MAYO
DE MCMXVII

2.5

- AU

- SW

- LEI

Obras completas de

FRANCISCO VILLAESPESA

TOMOS PUBLICADOS

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
- II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
- III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
- IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
- V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
- VI.—LAS JOYAS DE MARGARITA: BREVIARIO DE AMOR.
LA TELA DE PENÉLOPE.—EL MILAGRO DEL VASO DE
AGUA.
- VII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDE-
NALES.
- VIII.—EL MILAGRO DE LAS ROSAS.—RESURRECCIÓN.—AMI-
GAS VIEJAS.

EN PRENSA

- IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES.—LAS PUPILAS DE AL-
MOTADID.—LAS GARRAS DE LA PANTERA.
- X.—LA LEONA DE CASTILLA.—EN EL DESIERTO.
- XI.—TRISTITIÆ RERUM.
- XII.—EL REY GALAOR.—EL TRIUNFO DEL AMOR.

EN PREPARACIÓN:

Obras completas de

RUBÉN DARÍO

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, FERRAZ, 21